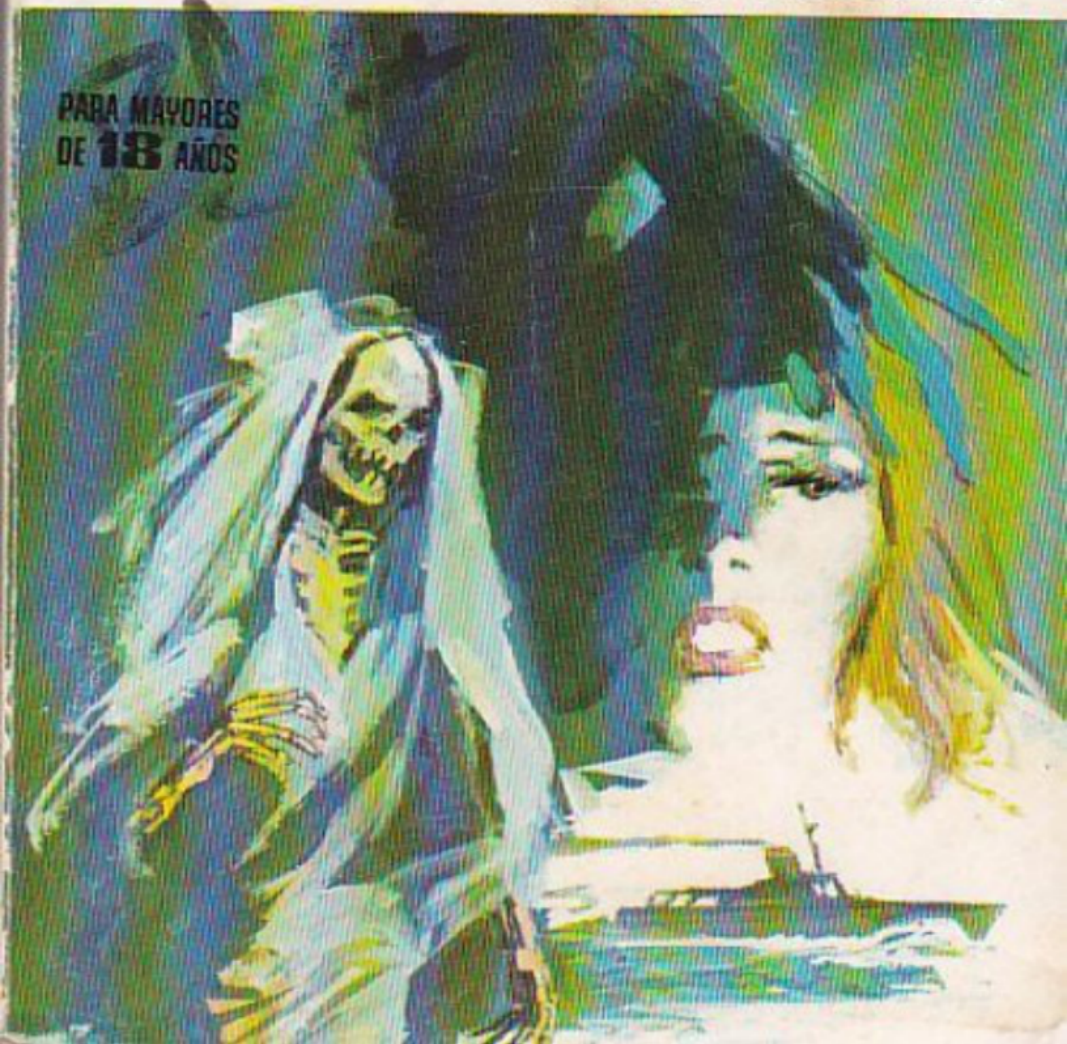


**PUNTO
ROJO**

LA MUERTE ASISTE A LA BODA

Curtis Garland

PARA MAYORES
DE **18** AÑOS



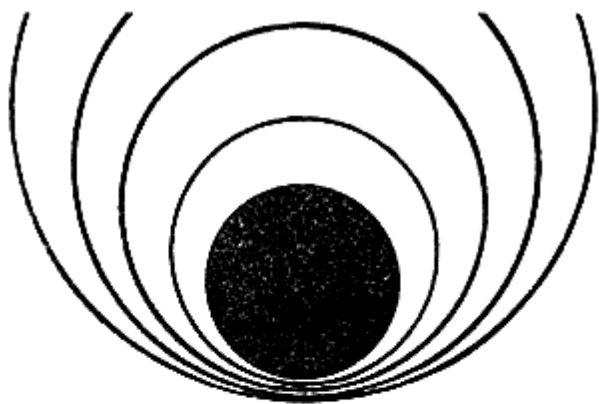
LA MUERTE ASISTE A LA BODA

CURTIS GARLAND



Colección
PUNTO ROJO n.º 934
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S A.
BARCELONA BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.539 —Peces del infierno.

En Colección PLINTO ROJO:

931 —La muerte en viaje de novios.

En Colección LA HUELLA:

134 —Pasaje sin salida.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: 755 —1980

Impreso en España —Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1980

© Curtis Garland —1980 texto

© Desilo —1980 cubierta

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N-152. Km 21.650)

Barcelona —1980

CAPÍTULO PRIMERO

DAN Cameron recibió la participación de boda pocos días antes de que ésta tuviera lugar. Pero estuvo a punto de no recibirla.

Acababa de regresar de Africa, de un largo y atractivo safari fotográfico por diversas reservas de animales salvajes, en Kenia, Uganda y Africa del Sur.

De haberse demorado diez días más en el regreso, como pensara inicialmente, nunca hubiese recibido esa invitación a la boda.

Y muchas de las cosas que sucedieron, jamás hubieran llegado a sucederle.

Cuando menos a él. Pero el destino le había elegido para jugar su papel en una humana tragedia, quizá sin precedentes, y eso no podía eludirlo ni él ni nadie. El anticipado regreso de tierras africanas, fue el primer paso. No lo dio él sino su propio destino quizá.

El segundo paso fue la llegada del tarjetón de Neville Garner.

Lo leyó curiosamente, recordando a su solterón y rico amigo, el *sportsman* más conocido de la *jet society* neoyorquina. Sonrió, al evocar su vieja amistad —si algo podía calificarse de «viejo» entre dos hombres de menos de treinta años—, mientras leía el texto impreso en la cartulina:

Queda usted invitado al
enlace matrimonial de
la pareja formada por:

SHIRLEY ANDERSON

y

NEVILLE GARNER

que tendrá lugar en la fecha señalada,
en la iglesia de Santo Tomás,
de la Quinta Avenida,
a las diez en punto de la mañana

—Vaya... —silbó entre dientes—. El amigo Neville ha cazado una

buena pieza, digna de él y de su fortuna... Nada menos que la actriz cinematográfica Shirley Anderson... Un verdadero bombón. Y yo, mientras tanto, fotografiando leones y jirafas en Africa... Decididamente, no escarmentaré nunca.

Se sirvió un *bourbon* con hielo y tomó lentamente un sorbo, jugueteando con la cartulina ocre donde aparecía el texto en doradas letras, como en un cuento de hadas hecho realidad, donde uno no sabía quién era más fantástico como personaje, si la Cenicienta o el Príncipe, puesto que una era hermosa y célebre, y el otro joven, apuesto y rico. Una pareja ideal, después de todo. Era fácil imaginar lo que dirían las revistas del corazón en torno al «idilio del siglo», como sin duda lo calificarían los cursis de turno.

Pensando en todo eso, Daniel R. Cameron, viajero infatigable, escritor y amante fanático de la belleza de la Naturaleza, en su flora y en su fauna, no podía evitar una sonrisa divertida.

Pero lo cierto es que lo tenía ya decidido: iba a asistir a esa boda. No podía faltar, por atención a su amigo Neville. Y también por cierta curiosidad personal. Conocer en carne y hueso a una «estrella» cinematográfica de la talla de Shirley Anderson, era siempre un aliciente por sí solo.

—Por vuestra felicidad, amigos —brindó, alzando su vaso en alto jovialmente—. Nos veremos el domingo, en Santo Tomás...

* * *

Y así fue.

El domingo, Santo Tomás aparecía invadido por una multitud ávida de ver vestida de novia nada menos que a la favorita del público joven, la nueva «estrella» del cine norteamericano Shirley Anderson, lanzada al estrellato por los independientes productores de Nueva York, para competir con las figuras de Hollywood. Shirley había roto con todas las barreras, convirtiéndose en el rostro más popular de América, logrando incluso avasallar a otras figuras *sexy* de la pantalla, como Farrah Fawcett-Majors o Diana Keaton, y quizá en la actualidad era el *sex-symbol* de la juventud USA, aparte de que su bello físico estuviera respaldado por una insólita calidad de actriz.

Cazadores de autógrafos, reporteros, filmadores de noticiarios y de televisión formaban junto a simples curiosos, una fauna heterogénea y bulliciosa, a través de la cual era muy difícil filtrarse, incluso contando con la ayuda de los cordones policiales de los esforzados agentes de la Metropolitana, con sus negros uniformes y plateadas placas.

A Dan Cameron también le resultó difícil abrirse paso desde su «Ford Cobra» descapotable, color blanco y azul, hasta la puerta de la bella

iglesia episcopal protestante, donde los invitados eran recibidos por una especie de guardia especial de los novios, a quienes sólo se les podía convencer para entrar exhibiendo la tarjeta de invitación, rigurosamente nominal.

Salvadas al fin todas las dificultades, Dan se encontró bajo el techo de la edificación religiosa, puro «revival» gótico del clásico estilo de arquitectos americanos de principios del siglo XIX.

Y frente a él, recibiendo a los invitados, la feliz pareja que iba a convertirse en matrimonio poco después. Su buen amigo Neville Garner, y la deslumbradora belleza de Shirley Anderson.

—¡Dan! —exclamó Neville, con sorpresa y entusiasmo en su voz—. ¡De modo que, después de todo, has venido, viejo zorro!

Se dieron un fuerte abrazo ambos jóvenes. Dan respondió a su amigo:

—Tuve suerte de regresar antes de lo previsto de Africa, de otro modo, nunca hubiera llegado a tiempo. Y la verdad es que no me lo hubiera perdonado —apretó con calor y sincero afecto los hombros de su amigo, antes de volverse, risueño, a la bellísima rubia que sonreía junto a Neville—. Bueno, ¿a qué esperas para presentarme a tu futura esposa, muchacho? Aunque la he visto muchas veces, me tuve que conformar siempre con que fuese en una pantalla, no en la realidad.

—Cierto, Dan, ya lo imagino. Shirley, éste es Dan Cameron, mi mejor amigo. Tal vez para ser más exactos, el «único» amigo de verdad que tuve en mi vida. Los demás son simples conocidos. Dan, sobran presentaciones. Ella es Shirley, mi prometida.

—Sí, por supuesto —Cameron se inclinó ante la rubia novia—. Eres aún más hermosa en la realidad, Shirley. Es lo único que puedo decirte. Pero supongo que es ya una frase manida para ti.

—Pero quizá no tan espontánea como en tus labios, Cameron —rió ella suavemente, con una mirada de simpatía en sus atractivos y fascinantes ojos de dorados destellos sobre fondo verde—. Neville me habló de ti. Sabía que eras su amigo de verdad, y deseaba verte hoy aquí. No me mires como a la actriz de cine, por favor. Sólo como a la novia de tu amigo.

—Lo he hecho así desde el principio, palabra —rió Dan—. Lo que cuenta de ti es tú misma, la mujer. La futura esposa de Neville. Y no sé por qué, estoy seguro de que va a ser así, de que sabrás hacerle feliz, Shirley.

—Al menos, lo intentaré. Él me ha pedido que deje el cine.

—¿Y qué has decidido?

—Dejarlo, por supuesto, ahora será él quien decida, no mis productores. Claro que se han puesto frenéticos al saberlo, pero está decidido: dejo el cine, de momento, él y yo iniciamos un largo viaje de

novios por el mundo. Cuando regrese, sé que me acosarán desesperadamente, pero tengo voluntad y sé resistir bien. Neville puede estar seguro de mí. No volveré a los Estudios, eso seguro.

Dan Cameron asintió, acababa de darse cuenta de que la muchacha era una mujer de gran decisión y energía, capaz de mantener sus ideas fijas contra viento y marea, mientras juzgara que eran las mejores.

—Os dejo de momento —habló Dan—. Veo que hay ya cola de invitados detrás de mí, esperando saludaros.

—Pero tú sigues siendo el único, ya lo sabes —me recordó Neville palmeando cordialmente mi espalda—. No te vayas muy lejos. Durante el *lunch* me gustaría hablar contigo de ese último viaje a Africa y de otras cosas.

—Palabra que estaré cerca, Neville. Suerte, amigos.

Neville le guiñó un ojo y Shirley le dirigió su mejor sonrisa. Dan se mezcló entre los asistentes, que iban tomando asiento en el templo, a la espera de la ceremonia nupcial. Descubrió muchos rostros famosos: otras «estrellas» cinematográficas de ambos sexos, conocidos periodistas y reporteros de la televisión, productores, gente de la buena sociedad neoyorquina, en su gran mayoría compañeros de clubs y de centros de reunión social y deportiva del propio Dan, que también pertenecía a ese círculo selecto de la mejor sociedad de la Quinta Avenida.

A las diez en punto tuvo lugar la ceremonia en que quedaron convertidos en marido y mujer la famosa y bella Shirley Anderson y el rico y conocido Neville Garner.

Tras el rito de besar todos a la novia —Dan Cameron fue uno de ellos, comprobando con admiración la suave tersura sedosa de aquella piel femenina sobre la que ponía sus labios—, la flamante pareja corrió al coche que les esperaba en el bordillo de la acera, bajo una lluvia de arroz, gritos de los *fans* de la actriz y presiones intensas de la multitud reunida en la Quinta Avenida, que no sólo colapsaba el tráfico, sino que amenazaba con romper los cordones policiales para desbordarlos y caer sobre los novios como una auténtica y temible plaga de langosta.

Por fortuna, la pareja alcanzó su vehículo, y el chófer logró arrancar a buena velocidad, dejando pronto atrás a la decepcionada masa de gente que no había logrado siquiera el sueño dorado de rozar con sus manos la figura escultural de la admirable «estrella» del cine.

Dan Cameron, sonriente, les vio partir desde las escaleras del templo, y agitó su mano con suavidad, pronunciando un breve y sincero:

—Hasta siempre, amigos. Feliz viaje de novios..., y feliz matrimonio.

Luego se encaminó hacia su propio coche sin dificultades, rota ya la multitud en jirones de grupos aislados que iban regresando a sus puntos de origen, hirviendo en murmullos y comentarios sobre la sensacional ceremonia.

—Hola, querido Dan. ¿Pensándotelo tú también?

Sorprendido, se volvió al oír la voz femenina. Sonrió al reconocer a su interlocutora.

—Hola, Jenny —saludó cordialmente—. Sabes que no es fácil. Ni siquiera tengo pareja.

—Porque no quieres —rió ella—. Medio censo femenino del país se volvería loco si tú le propusieras algo así.

—No me asustes. Hablas de demasiadas mujeres.

—Todas las que aman secretamente al más arrogante *play-boy* de nuestra sociedad —comentó ella, sarcástica.

—No sé si tratas de decirme un elogio o una ofensa. Los periodistas de hoy sois así: un poco de azúcar, otro poco de acíbar, unas gotas de perfume agradable y otras de veneno activo.

—Un cóctel explosivo —ella soltó la carcajada—. Por favor, Dan, no me podría sentir hiriente contigo, bien lo sabes. He utilizado la palabra *playboy* en su mejor acepción. ¿No sabes que llamamos así a los millonarios que aparecen frecuentemente en las revistas del corazón, con chicas, en cacerías o practicando deportes arriesgados y caros?

—Sí, algo así tenía entendido. Pero no me gusta que se preocupen de mí por mi dinero, mis gustos y aficiones, sino por mí mismo.

—La época devora a los ídolos, Dan. Necesita siempre nuevos mitos en todos los terrenos. No puedes evitar convertirte en mito de las mujeres solteras, divorciadas, viudas..., y más de una casada. Y en ese sentido, no sólo se preocupan por tu dinero, sino por ti mismo. Si fueses feo como lo son muchos magnates, o físicamente raquítrico, tu censo de admiradoras hubiese decrecido considerablemente, preocupándose de ti tan sólo las más ambiciosas o egoístas.

—Casi me haces sentir mejor —suspiró Dan Cameron de buen humor—, ¿Te llevo a alguna parte, Jenny?

—Sí, gracias. Voy hacia la emisora de televisión. Tengo el reportaje de la boda —mostró su cámara de filmación—. Esta noche tiene que estar revelado, para pasarlo en mi programa habitual. ¿Lo has visto alguna vez?

—Sólo por verte a ti, Jenny, no por tus noticias sociales.

—Eres un adorable embustero —comentó ella mirándole con las cejas arqueadas—. Seguro que no me has visto desde antes de irte a Africa.

—Eso es cierto. Regresé hace pocos días. Ni siquiera he llegado a abrir un televisor. El mundo está lleno de malas noticias en cuanto uno sale de la selva y vuelve a la civilización. Prefiero ignorarlas mientras puedo.

—Hablando de Africa, Dan, ¿por qué no vienes un día a mi programa con tus diapositivas de ese safari, y hacemos una entrevista que deje

boquiabiertas a las mujeres de este país? A ellas les vuelve locas un hombre apuesto cazando fieras, aunque luego se hagan cruces, diciendo que pertenecen a tal o cual Liga de Protección de Animales. El mundo está lleno de hipócritas, Dan.

—No he cazado una sola fiera en mi viaje, Jenny —protestó Cameron—. Ya no podemos permitirnos nadie el lujo de matar animales salvajes. Quedan demasiado pocos en el mundo, y hay que respetarlos.

—Bueno, pues entonces ven de igual modo, y haremos un programa en defensa de la Naturaleza.

—Eres incorregible —rió Cameron—. Tienes salida para todo, ¿no?

—Si no, no sería periodista.

Subieron al coche modelo «Cobra», y Dan arrancó de allí, deslizándose suavemente por el asfalto de Manhattan, hacia la emisora de TV donde Jenny Garret trabajaba como figura destacada de la información social y femenina, en su espacio de cada noche, «Media hora con Jenny».

La joven reportero permaneció unos momentos quieta, callada, disfrutando acaso de la sensación de notar contra su rostro el aire húmedo y ligeramente frío de aquella mañana que empezaba a nublarse como presagiando lluvia sobre la ciudad. El coche deportivo tenía que reducir su velocidad en las arterias urbanas, aun así, era como moverse sobre seda estando en él.

—¿La conocías? —preguntó de pronto, sin volverse, fija su mirada ante sí.

Dan se volvió, escudriñando un momento el perfil suave de Jenny Garret, su leve y respingona naricilla, sus labios gordezuelos, sus ojos pardos y su cabello cobrizo.

—¿A quién? —indagó.

—A ella, a Shirley Anderson.

—Sólo de las películas.

—Es muy bella, ¿verdad?

—Mucho. Y muy elegante —asintió Dan.

—Es una lástima que el cine pierda una figura como ella.

—Pero lo gana Neville.

—Sí, eso es cierto —le miró ahora, pensativa—. ¿Viste a Alexander Colfax?

—No. ¿Quién es?

—El productor de todas las películas de Shirley. Estaba desolado. Hasta el último momento trató de disuadirla. Sé que llegó a ofrecerle un contrato por cinco años, a razón de tres películas anuales, por un costo total de veinticinco millones de dólares, más un porcentaje sobre beneficios de las películas.

—Casi dos millones por película... —silbó Dan—. Era una oferta

tentadora, ¿no?

—De ensueño, Dan —suspiró Jenny—. Shirley ha ganado dinero en el cine, pero no tanto como para rechazar algo así

—Neville tiene una fortuna personal de más de veinticinco millones —rió el joven.

—Ya lo sé. Pero Shirley no es ambiciosa de dinero. Sólo de fama, de popularidad. Y ha renunciado a todo eso por Neville Garner, asombroso, ¿no?

—¿No crees que esté enamorada de él?

—¡Claro que lo está! Eso es lo fascinante y romántico de este asunto. Que Shirley Anderson se ha enamorado locamente de Neville, algo increíble, en el materialista y deteriorado mundo actual. Pienso centrar en esa historia de amor todo el comentario de mi espacio de hoy.

—Tendrás un gran éxito, sin duda.

—Eso, seguro. Pero sigo pensando en Alexander Colfax.

—¿Su productor? ¿Por qué motivo? Ella era libre de abandonar el cine, si lo deseaba.

¿Teñía algún contrato en vigor que haya traicionado?

—No, ninguno. Pero vi a Colfax en la iglesia. Estaba descompuesto, crispado. Ni siquiera se quedó a la ceremonia.

—¿Sólo por el contrato que nunca firmó Shirley... o porque está enamorado de ella? —sugirió Dan.

—Vaya, no eres periodista, pero no tienes nada que envidiar a nuestro olfato, Dan —le ponderó la joven reportera de la televisión—. Estás en lo cierto, seguro. Ese hombre, además de perder a su gran «estrella» y su mejor inversión, creo que ha perdido a su amada definitivamente, y eso es lo que le ha enloquecido de rabia.

—El cine es una fábrica de «estrellas». Y los productores olvidan pronto sus caprichos sentimentales. Pronto surgirá alguna otra, estoy seguro, que haga olvidar a Shirley Anderson.

—Sí, quizá —admitió la joven, encogiéndose de hombros, con la mirada abstraída, perdida en los grandes bloques de cemento y metal que formaban a su alrededor la inmensa colmena de Manhattan—. Quizá, Dan...

Siguieron su marcha hacia la emisora de televisión en el «Ford Cobra» de Dan Cameron. Ella pensaba en su reportaje a transmitir aquella noche. El, en el viaje de novios que su buen amigo Neville iniciaría en estos momentos en la trágica realidad inmediata.

Porque nadie que hubiera estado presente en la populosa ceremonia de Santo Tomás, hubiese imaginado ni remotamente que aquel viaje de novios se había iniciado bajo el signo siniestro de la muerte.

Y tardaron algún tiempo en saberlo.

Cuando ya Neville Garner llevaba varios días muerto.

Capítulo II

—¡MUERTO! ¿Neville *muerto*? ¡Imposible!

Dan Cameron pegó un salto, con expresión de incredulidad, apenas le fue formulada la noticia de tan escueta manera.

—Lo siento, señor Cameron. Es lo que dice este telegrama...

Y el mensaje telegráfico fue depositado ante él por su inmutable mayordomo británico, Selwyn Britton.

Los ojos de Dan recorrieron una vez más el breve texto:

Neville fallecido a bordo yate *Albatros* justamente en noche de bodas. Fue sepultado en el mar por el capitán Dekker. No pensé en informar antes a su mejor amigo. Perdón por todo.

Shirley, viuda de Garner.

Era increíble. Virtualmente increíble. Muerto..., y sepultado ya en el mar. Y hacía sólo una semana que partieron de Nueva York con el yate propiedad de Neville, rumbo a las Azores, España e Italia, en la primera etapa de su largo viaje de esponsales.

Debieron descubrir su muerte durante la travesía del Atlántico, y no hubo otro remedio que proceder a su funeral en alta mar. Y justamente en su noche de bodas...

—Dios mío, Dios mío, pobre Neville... —se frotó las sienes, tratando de asimilar la tremenda noticia, y paseó hasta el ventanal de su residencia.

Estaba lloviendo durante toda aquella semana en Nueva York. Más allá de los mojados arbustos y setos de su jardín, los rascacielos de Manhattan aparecían envueltos en una bruma gris, formada por la cortina de lluvia. Un triste día para una triste noticia.

Recordó la boda tumultuosa en Santo Tomás, la felicidad radiante en el rostro joven y risueño de Neville Garner, su felicidad anticipada, junto a una mujer hermosa y, además, lo bastante sensata para dejar su profesión y convertirse en la esposa de un hombre que la amaba, además, ese hombre poseía una fortuna de más de setenta millones de dólares, lo cual hacía elevar considerablemente el grado de sensatez de

Shirley, si bien ella con su propia carrera no necesitaba de sometimientos a nadie, ni de ligar su vida a otra persona, a cambio de una fortuna personal.

Ahora era distinto. Como esposa de Neville, era su heredera universal, porque él bien sabía que Neville no tenía familia, salvo unos lejanos parientes en alguna parte del mundo, ahora era libre..., y rica.

Y Dan Cameron ni siquiera sabía de qué había muerto Neville. Pero estaba dispuesto a averiguarlo.

Miró el encabezamiento del telegrama. Estaba impuesto en las Islas Baleares, España. El yate debía de haber fondeado allí, en Palma de Mallorca, según rezaba el mensaje telegráfico. La fecha correspondía al día anterior.

No dudó. Se sentó junto al teléfono, mientras Selwyn Britton regresaba solemnemente con el carrito donde iba la bandeja del desayuno. Empezó a marcar un número, e hizo un gesto negativo a su sirviente.

—No, Selwyn —rechazó—. No tengo apetito. Deja solamente el zumo de naranja.

Britton le contempló con reproche desde su delgado rostro inmutable.

—Las malas noticias se asimilan peor sin alimentos, señor —indicó.

—Quizá. Pero si como algo, sé que lo devolveré. Por favor, más tarde tomaré algo sólido, Britton, ahora no sería capaz.

—Como diga el señor —y dejó junto a él el zumo de naranja, llevándose el resto con la misma altivez con que había llegado.

Dan logró comunicar con la central telefónica. Solicitó larga distancia, y luego pidió comunicación con España, concretamente con la Comandancia de Marina de Palma de Mallorca.

Una vez en contacto, respondió en correcto español a las palabras que formuló su lejano comunicante. Dan Cameron hablaba varios idiomas, como viajero impenitente que era.

—Deseo saber, señor, si el yate *Albatros*, de matrícula norteamericana, de Nueva York, se halla fondeado aún en el puerto de Palma o en algún otro cercano...

—Un momento, por favor —le respondieron—. Vamos a comprobarlo.

Esperó unos instantes, tabaleándose impaciente con sus dedos sobre la mesita. Tomó un sorbo de zumo, y la voz española le llegó de muy lejos:

—Señor, el yate *Albatros* partió esta misma mañana del puerto de Palma, con destino a Genova. ¿Tiene usted familiares a bordo?

—Solamente tenía un amigo —dijo Dan sordamente—. Su propietario.

—¿Neville Garner? —preguntó la voz al otro lado del hilo.

—Sí, exactamente —se animó el rostro de Dan—. ¿Saben algo de él?

—Sólo lo que informaron las autoridades navales y el capitán Dekker, de ese yate. Falleció en alta mar, entre Nueva

York y las Azores, a mucha distancia de cualquier punto donde desembarcar el cadáver. Y siguiendo las tradiciones marineras, fue sepultado en el mar por el capitán Dekker.

—¿Sin trámites legales de ninguna especie?

—A bordo, señor, el capitán es quien dispone, de todos modos, hemos visto un certificado extendido por el doctor Daniels, a bordo del yate, certificando el colapso cardíaco como causa del fallecimiento del señor Garner. Nosotros no teníamos por qué inmiscuirnos en el asunto, por ser cuestión ajena a nuestras aguas jurisdiccionales, pero el capitán Dekker ha querido dejar todo bien legalizado, tanto ante las autoridades portuguesas como ante nosotros. ¿Podemos ayudarle en algo más, señor?

—No, nada. Muchas gracias —colgó, pensativo, y apuró el zumo de naranja a cortos sorbos, mientras encendía en cigarrillo. Paseó por la estancia, viendo resbalar la lluvia por las vidrieras asomadas al jardín.

Finalmente se dirigió al teléfono y marcó un número al que recurría con mucha frecuencia: el de su agente de viajes.

—Quiero un pasaje de avión para el primer vuelo que enlace con Génova —dijo escuetamente. Y viendo asomar a Britton por la puerta del fondo, añadió, rápido—: No, mejor que sean dos...

Selwyn Britton, su mayordomo, le miró con expresión patética, pero no dijo nada. Se limitó a recoger el servicio y preguntar, imperturbable:

—¿Eso significa que debo vestirme para viajar, señor?

—Exacto. Y hacer el equipaje. Nos vamos a Europa, Britton, a Génova, Italia.

—Como diga el señor.

Y el impávido mayordomo salió de la estancia sin alterársele un solo músculo del rostro. Sólo en el corredor, cuando su amo ya no podía oírle, masculló entre dientes:

—¡Otra vez a viajar! ¡Ufff...!

* * *

El *Albatros* estaba amarrado a uno de los embarcaderos de la zona portuaria genovesa destinada a embarcaciones de recreo y deporte. No le costó mucho encontrarlo.

—Quédate en cualquiera de esos cafés, Britton —invitó Dan Cameron a su mayordomo, señalándole la hilera de terrazas que daban al puerto—. Yo te recogeré más tarde. Si vieras que tardo demasiado, regresa al

hotel. Y no te pierdas por Génova. Sus calles antiguas tienen un trazado muy complicado y sinuoso. Y las genovesas tienen fama de ser muy atractivas...

—¡Señor! —se mostró con gran dignidad Selwyn—. El señor sabe lo formal que soy yo en todas las cosas.

—Bueno, pero con las italianas, nunca se sabe —sonrió Dan—. Podría ocurrir que tu flema británica se derritiese como un mantecado al sol, mi querido amigo.

—El señor puede irse tranquilo. No perderá fácilmente a su mayordomo.

—No, seguro que no —suspiró Dan, moviendo la cabeza—. He empezado a perder esa esperanza, Britton. ¿Seguro que estás hecho de carne, huesos y sangre, como todos?

—Eso parece, señor. Sólo que tengo la cabeza muy firme.

—Ya —él joven millonario dirigió una ojeada a una opulenta italiana que cruzaba en ese momento por la acera, frente a ellos, contoneando su agresivo trasero y haciendo oscilar de modo increíble las grandes esferas de su pechos, bajo el tejido liviano—. ¿Ni siquiera *eso* altera tus pulsaciones, Britton?

El mayordomo dirigió una fría mirada de indiferencia a las rotantes nalgas que se alejaban entre un taconeo provocativo, y meneó su cabeza con énfasis, en sentido negativo.

—No, señor, admito que tiene unas generosas formas, pero eso es todo.

—Decididamente, puedo dejarte solo sin peligro, Britton —suspiró Dan Cameron, alejándose de su mayordomo en dirección a la hilera de yates y canoas deportivas allí amarradas.

Alcanzó el *Albatros*. Era un yate de considerable eslora, bella línea y capacidad, al menos, para ocho o diez viajeros, holgadamente. Un pequeño transatlántico de lujo, un buque en miniatura. Seguro que poseía todos los lujos y comodidades, incluida piscina, pensó antes de subir a bordo.

A Neville siempre le habían gustado las cosas buenas y confortables. Había sabido vivir como lo que siempre fue: un hombre rico, cómodo, lleno de vitalidad y de amor a las buenas cosas. La mejor mesa, los manjares más exquisitos, los vinos más selectos y las mujeres más hermosas. Eso formó parte inseparable de su existencia, de su joven existencia, truncada de repente, a bordo de aquel yate. Y precisamente en su noche de bodas.

La pasarela estaba puesta, enlazando la cubierta con el embarcadero. Más allá, hileras de embarcaciones blancas se mecían suavemente en el azul. Frente al mar, el paseo marítimo de aquel bello puerto de La Riviera, con sus cafés, restaurantes típicos y monumentos históricos.

Vaciló, mirando hacia la cubierta tranquila y aparentemente solitaria. Se frotó el mentón, pensativo.

—¿Y qué diablos hago yo aquí? —se preguntó entre dientes, hablando consigo mismo, porque a su alrededor sólo había dos sonidos de lejanos vendedores portuarios, chirridos de embarcaciones movidas por el vaivén suave de las aguas, y alguna que otra gaviota, chillando en el espigón—. ¿Qué es, exactamente, lo que he venido a hacer en Génova, y concretamente en este barco? No tengo ningún derecho a molestar ahora a Shirley con mi visita...

Pero lo cierto es que había empezado a cruzar ya la pasarela. Una voz bronca le interpeló desde arriba:

—¡Eh, usted! ¿Adónde va? Esto es privado y no está permitido el acceso a visitantes, de modo que ya puede largarse...

Dan elevó los ojos hacia la cubierta. Un hombre con chaqueta blanca asomaba a la borda, con cara de pocos amigos. Era muy moreno y fornido, de cabello rizado. Hablaba un inglés de fuerte acento latino.

—Soy amigo de los señores Garner —dijo Dan siguiendo adelante.

—¿Ha sido invitado acaso? —replicó el otro con la misma acritud.

—No. Pero vengo desde Nueva York a ver a la señora Garner.

—La señora Garner no recibe a nadie desde el fallecimiento de su esposo. Retírese.

Lo siento. Necesito verla. No he hecho un viaje tan largo para marcharme sin ver a Shirley Garner, amigo.

—Pues lo hará. Ya le dije que ella, personalmente, ha prohibido las visitas. No está para ver a nadie. No insista, si no quiere verse en dificultades.

—¿Dificultades? —sonrió Dan—. ¿Con quién? ¿Con usted?

—¡*Infiernos, sí!* —dijo en correcto español latinoamericano—, ¡Conmigo, señor! ¿Es que lo duda? Estoy aquí para proteger y cuidar de la señora. No me obligue a que se lo demuestre de un modo harto desagradable para usted...

—Hágalo. Pero el que puede tener dificultades es usted —dijo Dan, encogiéndose de hombros y dando otro paso adelante—. No dirá que no le he avisado.

—¿Usted a mí? —bramó el otro—. ¡Hace falta tener cinismo, maldito cerdo!

Y esta última palabra la dijo igualmente en español, por si Dan ignoraba su significado. El joven millonario sonreía cuando llegó ante él y le respondió, en perfecto español también:

—Aquí sólo veo a un cerdo, y ése es usted, sucio gorila. Déjeme pasar o anuncie mi visita a la señora, pero no complique más las cosas.

—¡Ahora verá lo que se ha ganado! —bramó el otro.

Y con rapidez sorprendente, disparó sus dos puños contra Cameron,

en sucesivo martilleo dirigido a su hígado y mentón.

Los brazos de Dan bloquearon con igual o mayor celeridad ambos puntos, recibiendo el impacto sordo de los puños enemigos. Y en veloz réplica, pegó un rodillazo doloroso en los testículos del latino, que lanzó un grito ronco, doblándose instintivamente, con la faz contraída por el dolor.

Era lo que Dan había esperado. Esta vez fueron sus puños los que sacudieron al otro, cuando le alcanzaron como cartuchos de dinamita en su mentón y en su nuca. Pero el tipo era duro. Se tambaleó, a punto de caer, emitiendo un jadeo, y logró mantener el equilibrio, volviendo al ataque.

—¡Néstor! —sonó una voz fría de mujer, llena de autoridad—. ¡Ya basta!

Se paró en seco, bramando de cólera, sus ojos enrojecidos fijos en Dan, que le esperaba a pie firme ante la pasarela. Giró la cabeza, conteniéndose dificultosamente.

—Pero, señora, es que él... ese tipo... me provocó, quiso entrar en el yate contra lo reglamentado a bordo...

—Ya está bien de peleas —cortó ella con severidad—. No quiero violencias aquí, Néstor. Debiste avisarme de la llegada de ese hombre. Retírate ahora. El señor Cameron es un buen amigo.

—Pero la señora dijo...

—Sé lo que dije, Néstor. Tampoco es culpa tuya que tomaras tan al pie de la letra mis indicaciones —se volvió a Dan, con una sonrisa triste en su bellissimo rostro—. Lo siento de veras, Dan. La culpa ha sido mía en todo caso. Disculpa a mi empleado.

—Claro —Cameron se frotó el puño, dolorido tras el último impacto y dirigió una mueca que pretendía ser una sonrisa a su reciente adversario—. Lo lamento, amigo.

Néstor emitió un gruñido sordo y se alejó, desapareciendo por la puerta que conducía a los camarotes bajos del yate. Shirley se aproximó a Dan Cameron con paso rápido.

Llevaba unos pantalones tejanos de pana negra, con ribetes blancos, y una sobria camisa gris abotonada, que no impedía se marcaran nítidamente sus jóvenes y bellos senos.

El cabello dorado se agitaba con la brisa mediterránea. El rostro sin maquillaje alguno era de una palidez nacarada, suave y aterciopelada su epidermis. Había algo de amargura y de dolor en sus profundos ojos verdes con destellos dorados.

—Dan querido... —le tendió sus manos, largas y estilizadas, que él tomó entre las suyas, notándolas suavísimas y frías—. Perdona el recibimiento. ¿Quién podía imaginar que tú aparecerías por Génova? Todo lo que viene a bordo es gentuza: periodistas ávidos de noticias,

reporteras del corazón, fotógrafos y filmadores... Demasiados buitres en torno al olor a muerte.

—Lo entiendo, Shirley. Haces bien en no recibir a nadie —la miró largamente—. Me enteré por tu telegrama, enviado desde Palma de Mallorca. Y he tomado el primer avión con enlace hasta Génova.

—Oh, Dan, gracias por todo. Ven, entra, te lo ruego... Luego te presentaré al capitán Dekker, al doctor Daniels y a Frank. Son el personal de a bordo. Siempre viajaron con Neville en este yate. Naturalmente, todos siguen aquí conmigo.

La siguió. Poco después, ambos se acomodaron en un camarote confortable. Shirley le ofreció algo de beber, que Dan rechazó. Se sentó frente a él.

—Y bien... —comenzó ella, sin quitarle los ojos de encima—. ¿Cómo supiste dónde estaba el yate?

—Me lo dijeron las autoridades navales españolas de Palma. Pensé si llegaría tarde tal vez y ya os habríais hecho a la mar nuevamente.

—Hasta mañana no pensábamos hacerlo. El capitán Dekker sugirió que es mejor arreglar aquí un pequeño desperfecto en la sala de máquinas, y partir luego. Dan, ha sido terrible, ¿verdad?

—Terrible —asintió él—. ¿Cómo sucedió exactamente?

—Eso no lo sabemos ninguno —suspiró Shirley—. La noche de bodas fue completamente normal. Bueno, Neville bebió bastante durante la cena, pero según el doctor Daniels eso era normal en él últimamente.

—¿De veras? —enarcó las cejas Dan—. Le gustaba beber, pero no embriagarse.

—No es que se embriagase, pero la verdad es que estaba demasiado animado para ser la noche de bodas —sonrió Shirley, entre triste y defraudada—. Luego las cosas no salieron demasiado bien, por culpa de la bebida, ¿entiendes?

—Ya —desvió Dan la mirada, algo violento—. ¿Notaste algo raro en él?

—No, nada. Lo normal en un hombre que ha bebido algo de más en una noche así. No disfrutamos plenamente, quiero decir. Ni él, ni yo. Luego se quedó dormido. Profundamente dormido. No roncaba, pero le oí respirar muy fuerte, aunque regular. Finalmente, algo nerviosa, también yo logré conciliar el sueño. Dormí de un tirón, porque la mar estaba tranquila y la navegación era perfecta.

—¿Y al otro día...?

—Al otro día, cuando desperté... él parecía seguir durmiendo. Me incliné y le besé, jugueteando con su cabello. Pensaba maliciosamente en esos momentos, Dan. Es natural en una recién casada a quien le atrae su marido, ¿no?

—Por supuesto —asintió Dan, incómodo con aquel tema.

—Y de repente... lo noté. Estaba frío. Helado. Rígido. Me asusté terriblemente. Su frialdad era extraña, inquietante. Busqué en vano su aliento, su pulso. Puse un espejo ante sus labios, como he visto hacer a veces. No hubo resultado. No respiraba. Grité, llamando al doctor Daniels. El acudió y lo examinó. Dictaminó que había fallecido mientras dormía, víctima de un colapso cardíaco.

—Entiendo —Dan inclinó la cabeza—. Por tanto no hubo nada raro en su muerte...

—¿Raro? ¿Qué podía haber? —los ojos verdes, inquietos, le buscaron la mirada.

—No sé... Neville era fuerte, deportista. Tenía fuerte el corazón, al menos en apariencia. Y una ligera embriaguez difícilmente le causaría daño hasta ese punto. ¿No le sorprendió al doctor Daniels su súbita muerte?

—Sí, mucho. Pero no había otra explicación. Todos habíamos cenado de los mismos platos, bebido los mismos vinos y licores, el mismo café. No era fácil una intoxicación, ni mostraba señales tampoco de ello. Hacía mucho calor, estábamos en alta mar, y muy lejos tanto del punto de origen como del de destino, a pesar de ello, el capitán Dekker consultó con las autoridades navales americanas y portuguesas, explicando que no había a bordo frigorífico lo bastante adecuado para conservar un cadáver con esa temperatura y ese grado de humedad. También les mencionó la voluntad de Neville de ser sepultado en el mar el día que muriese.

—¿Neville dejó dicho eso a alguien?

—Más que eso. Dejó escrita esa voluntad al propio capitán Dekker, en un sobre lacrado que éste tenía, con instrucciones de ser abierto después de su muerte. Él se lo mencionó a las autoridades navales, y éstas le aconsejaron que, dado que el doctor Daniels había firmado la defunción, podía ser sepultado en el mar sin inconveniente alguno. Y así se hizo. Dos días después llegamos a las Azores. No hubiese resistido sin descomponerse.

—Sí, ya veo. Nunca supe que Neville viajase con un médico a bordo...

—Bueno, el doctor Daniels es, realmente, segundo de a bordo. Es médico de la Marina, y era buen amigo de Neville. Hacía ambos trabajos a bordo. Habitualmente, el de marino, ayudante del capitán Dekker. En ocasiones, si las circunstancias lo requerían, de médico de emergencias a bordo. Neville pensaba en todo, evidentemente.

—Sí, eso parece. ¿Os han molestado luego con preguntas?

—Por supuesto. En las Azores y en Lisboa, tuvimos que responder a preguntas de las autoridades navales portuguesas, y también a un enviado de la Lloyd, de Londres.

—¿La compañía aseguradora?

—Sí, la misma. Neville aseguró con ellos su yate y la vida de cada uno de sus ocupantes, ya fuese tripulante o pasajero. Cada seguro de vida se concertó por la elevada suma de medio millón de libras esterlinas.

—Una buena suma. Casi un millón de dólares...

—Eso hizo intervenir a la Lloyds, porque según las cláusulas de la póliza de Neville, el beneficiario sería siempre el familiar más inmediato a la persona fallecida a bordo. En este caso, el medio millón me corresponde a mí. Y ellos querían saber detalles exhaustivos del fallecimiento.

—¿Pusieron objeciones?

—De momento, no. La última voluntad de Neville, la declaración del capitán Dekker y el certificado del doctor Daniels parecieron convencerles de que no hay nada dudoso en este asunto. También nos visitó una autoridad norteamericana en Lisboa, junto con el cónsul de Estados Unidos, para conocer detalles oficiales de la muerte de Neville. Y eso ha sido todo. Muy doloroso, desde luego. Sentirse una viuda la misma noche de su boda, no resulta precisamente agradable, Dan.

—Después de todo, no tienes nada que reprocharte, Shirley —suspiró Cameron. Se quedó pensativo, la mirada en una de las ventanas del camarote, y luego indagó—: ¿Qué piensas hacer ahora?

—No lo sé. Supongo que volver a los Estados Unidos en cuanto haya pasado un poco esta pesadilla. Y tal vez regresar ante las cámaras...

—¿A pesar de ser una de las mujeres más ricas de Nueva York?

—Dan, el dinero de Neville no me importaba —dijo ella serenamente—. No soy una cazadora de fortunas, aunque mucha gente lo piense. Siguiendo en mi trabajo podía ser millonaria en poco tiempo, sin necesidad de soportar a nadie. Sencillamente, Neville me atrajo, y quise ser su esposa, eso es todo.

—Te creo, Shirley.

—Pero los demás no me creerán. Conozco a los periodistas, a la opinión. Me calificarán de todo lo peor.

—Nada debe importarte lo que piensen los demás. En la mayoría de los casos, será pura envidia, Shirley. Debes hacer lo que creas más conveniente. O ser sólo una millonaria dada a la vida social, los deportes y los viajes, o volver a tu profesión. Eso es cosa tuya. Lo único que quiero decirte es que me tendrás a tu lado para cuanto precises. Mi vieja amistad con Neville me obliga forzosamente, a ser también tu amigo. No lo olvides, Shirley.

—Gracias, Dan. Reconozco en lo que vale tu ofrecimiento —espontáneamente, ella puso una de sus suaves manos en la rodilla de él, presionándola afectuosa—. ¿Vas a quedarte a cenar conmigo a bordo?

—No he venido a molestarte demasiado, Shirley, sino únicamente a conocer detalles del trágico fin de Neville y a ofrecerte mi amistad y mi apoyo en todo.

—Lo sé. Pero me gustaría charlar contigo de diversas cosas, pensar que estoy todavía en un mundo normal, que Neville vive y está lejos, y que tú vas a contarme cosas tuyas...

—Está bien. Me quedo —suspiró Dan—. Espero que Selwyn encuentre el hotel...

—¿Selwyn? —ella enarcó las cejas, sorprendida—. ¿Algún amigo tuyo?

—Mi mayordomo —sonrió Dan—. Un británico de los pies a la cabeza.

—Puedes hacerle venir también. Podría ayudar a Frank, a Néstor... Son los camareros de a bordo, ¿sabes? A uno ya lo conociste, aunque en malas circunstancias. Frank es más cortés y amable.

—No, no. Selwyn se marea en cuanto pisa un barco. Detesta los viajes y yo le obligo a viajar con frecuencia. Tiene instrucciones de volver al hotel si me demoro.

—Entonces, no hablemos más —susurró ella, poniéndose animosamente en pie—, avisaré a Frank para que prepare la cena. Y también al capitán Dekker y al doctor Daniels, para que conozcas a ambos...

Capítulo III

EL capitán Dekker resultó ser el perfecto hombre avezado a la mar, alto, enjuto pero vigoroso, de tez bronceada, cabellos muy blancos, nariz afilada y fino bigote canoso sobre sus prietos labios, sus oscuros ojos reflejaban dureza y decisión. Vestía el blanco uniforme de capitán, lo mismo que su compañero, el doctor Daniels, que lucía su uniforme marino veraniego, de camisa de manga corta. El doctor era dé pequeña estatura, algo rechoncho, cabellos lisos, calvicie bastante pronunciada ya, y rostro redondo y afable, de fácil sonrisa. Sus ojos eran muy azules y agudos.

A Néstor, el sudamericano, ya lo conocía. En cuanto a Frank, resultó ser un muchacho de color, un mulato sureño de fácil sonrisa y gran actividad.

La cena fue servida en el pequeño pero acogedor comedor de a bordo, en una mesa ovalada, capaz para ocho personas. Sólo ellos cuatro se acomodaron, sin embargo, mientras Frank y Néstor servían.

—Como ve, somos una tripulación reducida —comentó el capitán Dekker—. Pero cada uno tiene su fruición asignada, y todo marcha bien a bordo. El doctor Daniels es un eficiente marino, además de buen médico, y en cuanto a Frank, es tan capaz de manejar la máquina de a bordo, como la cocina. Según los turnos, uno cuida de la cocina y el servicio, y el otro de los motores y la navegación. El doctor y yo nos turnamos, asimismo, en la responsabilidad de llevar el yate a buen puerto desde la cabina de mando. Nunca hemos tenido problemas a bordo, ni siquiera en tormentas tropicales o en casos de grave avería, de todo hemos salido con relativa facilidad.

—Neville debía sentirse muy satisfecho de ustedes cuatro... —comentó Dan.

—Lo estaba —asintió el doctor Daniels, mientras Frank servía el pescado, tras los entremeses recién consumidos—. Su muerte ha sido el peor desastre a bordo desde que yo trabajo en el *Albatros*, ahora, todo será ya diferente...

—No tiene por qué serlo —rechazó vivamente Shirley—. Como su viuda, mantendré el yate tal y como él lo mantuvo hasta ahora. Nada cambiará. Ustedes seguirán siendo el personal fijo de a bordo, y con igual regularidad que Neville se hacía a la mar en su compañía, lo haré

yo, aunque mis películas, en el futuro, me tengan ocupada más tiempo del que quisiera.

—De modo que piensa volver al cine, ¿no, señora? —preguntó el capitán Dekker, limpiándose cuidadosamente con la servilleta tras probar la salsa del pescado.

—Sin remisión —asintió ella—. Necesito tener algo que hacer, un estímulo. No sirvo para vivir de rentas, caballeros. Yo no busqué ser millonaria, ni tengo la culpa de que mi esposo lo fuera.

—Es cierto —admitió el doctor Daniels suavemente—. Ni nadie lo hemos pensado así a bordo, se lo aseguro, señora Garner.

—Señora Garner... —repitió ella lentamente, dejando de manejar el tenedor y el cuchillo, para permanecer absorta, la mirada fija en el vacío, en la nada—. Resulta extraño...

—¿Qué, señora? —se interesó el médico.

—Ese nombre: señora Garner... Un hombre con el que apenas conviví como esposa durante doce horas de su existencia..., y, sin embargo, llevaré en lo sucesivo su apellido conmigo. La vida tiene cosas sorprendentes a veces...

—Sorprendentes, pero lógicas, Shirley —terció Dan Cameron, que saboreaba el pescado en salsa, regándolo con excelente vino blanco—. Eres su esposa ante Dios y ante la ley. Por tanto, llevarás ese nombre contigo... hasta que te cases con otro, cuando menos.

—¿Qué has dicho? —se sobresaltó Shirley, mirándole con asombro.

—Nada que no sea lógico también —sonrió Dan con cierta tristeza—. La vida sigue, Shirley. Tú eres joven. Muy joven. Posiblemente no tienes aún veintisiete años...

—Los cumplí hace dos meses —sonrió ella—. Eres muy amable, Da, al llamarme joven.

—Cielos, ¿a qué llamas, entonces, juventud? Claro que eres joven. La vida aún la tienes toda por delante. Ese es un plazo demasiado largo para ser fiel eternamente a un hombre muerto.

—Dan, ¿tú, su mejor amigo, hablas así?

—Por eso puedo hablar de tal modo. Porque sé cómo hubiera pensado él, de producirse la desgracia al revés. Hubiera sufrido como sufres tú, hubiese pasado un tiempo tratando de olvidar sin conseguirlo... hasta que un día, inevitablemente, conociera a otra mujer y comprendiese que la vida continúa y uno no puede vivir de fantasmas.

—Dan, no creo que me case nunca —rechazó ella con energía—. Nunca, después de esta experiencia de ahora. Casi podría jurarlo.

Dan Cameron no dijo nada. Siguió comiendo en silencio. Pero interiormente, sabía que eso era poco probable. Hablaba la Shirley Garner de este momento, del penoso presente.

Y dentro de un año, de dos o de cinco... ¿Cómo hablaría la futura

Shirley Garner?

Dan creía saber la respuesta a esa interrogante. Pero no la mencionó en absoluto.

Consideró mejor que tal respuesta llegase por sí misma, por su propia e inexorable lógica.

Y así fue.

Supo que estaba en lo cierto cuando leyó la noticia, dos años más tarde, en un periódico de Nueva York, en la página de cinematografía:

Shirley Anderson, en su vida civil Shirley Garner, contraerá matrimonio la próxima semana con su compañero de rodaje, el joven actor Brian Kelly.

Dos años habían hecho falta para que la viuda comprendiera la lección de lógica humana que Dan Cameron tratara de darle en el yate anclado en Génova.

Dos años, y la señora Garner iba a convertirse en la señora Kelly.

* * *

—¿Te has enterado de la noticia, Dan?

—Claro, Jenny. Se publica en todos los periódicos y en las revistas cinematográficas.

Hasta la televisión ha dado varios reportajes sobre el acontecimiento. Incluido el tuyo, por supuesto.

—¿Me viste por televisión anteanoche, Dan? —le brillaron los ojos a la joven periodista. —Te vi, sí —asintió Dan, risueño—. Estuvo muy bien.

—Me alegra que te gustase. Oye, pero ¿desde cuándo te preocupan a ti los espacios de televisión como el mío, o las revistas cinematográficas?

—Quizá desde que conocí a Shirley Anderson —rió Cameron con buen humor.

—¿Te gusta?

—¿Shirley? —Dan enarcó las cejas—. Bueno, Shirley gusta a todo el mundo. Es una mujer muy bella.

—Y muy rica —suspiró Jenny—. Claro que tú no necesitas buscar una millonaria. Le doblas la fortuna, cuando menos.

—¿Vas a dedicar tu próximo reportaje a las fortunas de Nueva York, quizá?

—No sería mala idea, Dan. Tú estarías entre los de cabeza —le miró, curiosa—. Dime, ¿qué se siente teniendo tanto dinero?

—Muchos dolores de cabeza en ocasiones —soltó Dan una carcajada—. Si te he de ser sincero, a veces resulta aburrido. Por eso viajo, hago deporte... Mis negocios me dan beneficios, lo cual incrementa mi

fortuna personal, y no sé cómo gastarla. Eso, para un hombre todavía joven, resulta muy molesto.

—Todavía joven... ¡Si acabas de cumplir los treinta años!

—Veo que conoces muy bien mi biografía, Jenny.

—Conozco la biografía de toda la gente importante de Nueva York.

—¿Y yo soy importante?

—Sabes que sí, no te hagas el modesto.

—No es modestia. Me irrita que la gente me mire y diga algo así como: «Ese tipo tiene más millones que años de edad. El mundo está mal repartido. Gente así no debería de existir.» ¿Qué quieren? ¿Que tire todo por la ventana y me haga vagabundo? Es lo bueno de irte a las selvas o a los desiertos, allí nadie te conoce. Eres igual que todos, al margen de tu dinero, poco o mucho.

—Eres un gran tipo, aunque seas rico, Dan —rió Jenny con buen humor—. ¿Por qué no te casas?

—Cielos —se estremeció Dan—. No quiero complicar más las cosas.

—¿Piensas que toda chica que quiera ser tu mujer lo intentará por tu dinero?

—Si se me ocurriera eso, me iría a vivir al Polo Norte. No creo ser tan feo, Jenny.

—Eres una maravilla de hombre —suspiró la joven—, atractivo, rico, inteligente, simpático, joven..., aunque te quedaras pobre como una rata, me casaría contigo.

—¡Jenny!

—Bueno, he dicho la verdad, ¿no? No tiene nada de malo, después de todo.

Dan Cameron se echó a reír, moviendo la cabeza.

—Eres incorregible, Jenny.

—Y tú también, Dan Cameron. Nunca me tomas en serio.

—¿Hablabas realmente en serio?

—No, claro que no —hizo un gesto burlón—. Olvídalo. Sé que no es fácil cazarte. Pero te aseguro que me conformo con que me lleves contigo a la cama.

—¡Jenny!

—Vamos, vamos, no te escandalices. Somos hombre y mujer, ¿no? Me gustas, y yo no estoy mal del todo. ¿Tanto sacrificio es para ti acostarte conmigo, Dan?

El la miró severamente. Se habían encontrado en aquella absurda fiesta de los Winthrop, de la Quinta Avenida, y estaban charlando en la azotea del edificio de la familia Winthrop, asomado a la resplandeciente noche de Manhattan, cuajada de luces de mil colores que se reflejaban en el cielo con un halo casi mágico.

—Jovencita, no te creía tan desvergonzada —la censuró.

—Ni yo a ti tan puritano. Te estaba hablando en serio, Dan.

—Y yo también a ti. Me gusta ser yo quien pida a una chica que venga conmigo a alguna parte.

—Eres un machista, Dan. Siempre el hombre debe llevar la iniciativa, ¿no?

—Bueno, digamos que casi siempre... —rió él, tomando su copa vacía y regresando al interior del iluminado salón.

Tras él, Jenny Garret se limitó a acusarle:

—¡Reaccionario! No te hablaré nunca más...

Dan sonrió, sin volverse. Un momento después, Jenny se colgaba de su brazo.

—Dan, voy a ir a la boda de Shirley, como enviada especial de mi emisora —le informó—. ¿No vas a estar presente esta vez?

—No, creo que no. Esta vez no es un amigo quien se casa.

—¿No es amiga tuya Shirley Garner?

—Bueno, eso sí... —vaciló Dan—. ¿Dónde es la boda? ¿En California?

—Sí. Ella está rodando allí su película *Diosa de pasión*. Le faltan aún dos semanas de rodaje, y su productor ha sido inflexible. Tiene que terminarla antes de iniciar su luna de miel.

—¿Es Alexander Colfax su productor?

—Claro. Como siempre. La recuperó al morir Neville Garner, y se sintió muy feliz con ello, ahora supongo que debe de estar furioso por la nueva boda de su estrella favorita. Entre otras cosas, porque ese actor, Brian Kelly, es joven y guapo, pero no gran cosa como artista.

—¿Crees que va a casarse con ella por el dinero de Neville y de sí misma?

—Lees entre líneas, ¿eh? —rió Jenny de buena gana, asintió con la cabeza—. Sí, eso es lo que cree, cuando menos Alexander Colfax.

—Colfax nunca está contento cuando su actriz se casa.

—Eso, seguro. Pero se salió con la suya en algo: Shirley terminará la película, por lo que la luna de miel, si puede llamarse así, la pasarán en un hotel de Los Angeles, para tomar luego su yate y dirigirse hacia Extremo Oriente, una vez acabada la filmación.

—El yate... —Dan recordó—. Bueno, eso le impedirá tener malos recuerdos en esta noche de bodas... ¿Sabes una cosa, Jenny? No tomes pasaje para Los Angeles. Te llevaré yo en mi avioneta desde Saint Louis, donde la tengo ahora a reparar, de aquí haremos el viaje en vuelo regular hasta Missouri, ¿te parece bien?

—Bueno, es estupendo —aprobó Jenny, entusiasmada—, de acuerdo, Dan. No es como irse contigo a la cama, pero vale. Viajaremos juntos hasta California... Tal vez durante el viaje me sea posible seducirte,

después de todo.

—Jenny, Jenny... Eres un auténtico diablo —soltó Dan la carcajada, sin poderlo evitar.

Capítulo IV

JENNY Garrett tenía razón en muchas cosas.

Dan Cameron resistió la tentación de aceptar sus insinuaciones sexuales, pero tuvo que reconocer, una vez en Hollywood, donde ahora rodaba Shirley su película, que el futuro esposo de la actriz era diametralmente opuesto al primero.

El único factor común entre Brian Kelly y Neville Garner era la juventud. En todo lo demás, no podía existir menos parecido. Kelly era guapo, muy guapo, con esa belleza varonil que acostumbra ser explotada con fines lucrativos. Moreno, atlético, musculoso y viril, tenía grandes ojos negros, boca carnosa y nariz correcta. Podía presentarse al concurso de Mister Universo con bastantes posibilidades de ganarlo. Pero era mejor y más seguro casarse con una guapa millonaria.

Jenny, por tanto, tenía razón. Brian Kelly sabía explotar su belleza varonil adecuadamente. Había logrado seducir a Shirley de tal modo, que ella no se daba cuenta de la realidad, al parecer, y se iba a unir a un hombre que sólo iba por dos razones al matrimonio: para ser el marido de una, actriz famosa, y para compartir con ella la cuantiosa fortuna de Neville y de su carrera cinematográfica.

Sabía Cameron que no se puede aconsejar a las mujeres en ese terreno, y por ello no lo intentó cuando vio a Shirley en los Estudios que Colfax alquilara en Hollywood para su actual superproducción.

—Gracias por venir, Dan —suspiró Shirley, tras darle un abrazo y besar sus mejillas afectuosamente—. Eres un buen amigo. La verdad es que no confiaba en verte aquí. Te molestas demasiado por mí, Dan...

—No digas eso. Yo no podía faltar esta vez a tu lado, Shirley.

—Dan, quisiera que fueses mi padrino de boda en esta ocasión... Sé que Colfax, mi productor, desea serlo, pero aún no he concretado nada al respecto. Claro que tú quizá me reproches esto de ahora, dada tú amistad con Neville, pero...

—No seas tonta —la detuvo—. Fui el primero en decirte que esto sucedería, y que era lógico que fuese así.

—Es cierto. Dan, tenías razón —los ojos, entre verdes y dorados, de Shirley Garner, brillaron emocionados—. He recordado tantas veces aquella cena en el yate, allá en Génova... ¿También esta vez te has traído a tu mayordomo?

—¿Selwyn? —rió Dan—. No, no. Viajar en avioneta también la marea. Prefirió quedarse en Nueva York. Me traje a una muchacha que espera obtener una entrevista en exclusiva para ti. Se trata de Jenny Garrett, de la televisión.

—La conozco. Una bonita chica —miró con mayor intensidad a Dan—. ¿Te gusta?

—¿Jenny? —Dan rió, encogiéndose de hombros—. Ella piensa que puede llegar a conquistarme. Tal vez lo logre algún día.

—Dan, hace ya dos años que nos vimos... ¿Sigues soltero?

—Por el momento, sí. Y a salvo de peligro inmediato —soltó una carcajada—. Bueno, acepto el papel de ser tu padrino, así, seguro que besaré a la novia...

—No hace falta eso para besarme —suspiró Shirley—. Pero gracias por aceptar, Dan.

Y se inclinó hacia él, besándole esta vez en los labios. Dan Cameron notó una rara impresión, algo así como un escalofrío, cuando la boca carnosa y palpitante de Shirley apretó la suya.

Y procuró olvidar esa impresión lo antes posible.

* * *

La boda se celebró en una discreta capilla de Beverly Hills. Pero aun así, no pudo evitarse que fuera también multitudinaria, como todos los actos en que intervenían famosas figuras de la pantalla. Si Shirley pretendía realmente una ceremonia discreta e íntima, no le fue posible ni remotamente. Ya dos horas antes de la fijada para la boda, los accesos a la capilla aparecían bloqueados por los *fans* de ambos artistas, divididos en sus correspondientes sexos.

La aparición de cada uno de los novios, resultó un clamor, que alcanzó cotas histéricas al corresponderle a Brian Kelly, porque las mujeres, en especial las *teenagers*, resultan siempre bastante más ruidosas que los hombres al manifestar su devoción a un ídolo.

No resultó, por tanto, nada extraño, que cuando ambos llegaron a reunirse en la capilla, cercada totalmente por los azules uniformes de la policía de Los Angeles, una verdadera oleada de curiosos formase en torno al templo un cerco virtualmente infranqueable.

Dan recordó la otra boda de dos años atrás, en Nueva York, con la Quinta Avenida convertida en histérico alud, y meneó la cabeza, diciéndose que la gente era igual en todas partes. Evidentemente, Shirley Anderson seguía en la cumbre de su popularidad. Y su futuro y arrogante esposo, aunque fuese una mediocridad como actor, poseía también una legión de fanáticas seguidoras que, posiblemente, le olvidarían en dos días cuando fracasara rotundamente en el mundo

cinematográfico, cosa que según algunos cronistas mal intencionados, estaba a punto de suceder cuando el compromiso con Shirley había salvado su carrera..., y también su bolsillo.

Esta vez, no fue un simple espectador de la ceremonia, sino el padrino de la novia. Estuvo a su lado ante el altar y el reverendo que los unía, y entregó las arras para la ceremonia. Su beso a la novia, una vez pronunciadas las palabras de rigor, y tras el beso del marido, fue más prolongado en esta ocasión.

Y de nuevo sintió aquel extraño escalofrío en su espina dorsal, como si un raro e inquietante magnetismo escapara de Shirley a través de aquellos labios seductores, gordezuelos y húmedos, que sabían adherirse tan cálidamente a la boca masculina cuando besaban.

No pudo evitar recordar a Neville, su pobre y buen amigo Neville Garner, fallecido casi dos años antes, la misma fecha de su boda. Un momento como éste, había marcado el principio de su felicidad. Y también el final.

—Suerte, Shirley —deseó a la novia, mirándola con emocionado afecto—. Que esta vez las cosas sean infinitamente mejores para ti, querida.

—Gracias, Dan —había murmurado ella, devolviéndole esa mirada con emoción, húmedas sus pupilas verdes, de dorados destellos—. Espero que en esta ocasión, todo sea muy diferente. Y te agradezco que seas tan comprensivo y tan bueno conmigo...

—Bah, no seas tonta —rió Dan, acariciando dulcemente una mejilla aterciopelada de la joven actriz—. No tienes nada que agradecerme. Tu amistad, Shirley, es el más hermoso regalo que pudiste jamás ofrecerme, te lo aseguro...

Luego, le había vuelto a besar, pero esta vez en las mejillas. Y tomando a su esposo de una mano, partió hacia el exterior.

Hacia la multitud enfervorizada que les aclamaba. Hacia la lucha denodada por alcanzar su coche, protegidos por cordones policiales harto inseguros ante la presión de las gentes. Hacia su luna de miel, forzosamente reducida, de momento, a unos días en un lujoso hotel de Bel Air.

Dan Cameron notó que le tocaban el hombro cuando caminaba en pos de los novios, hacia el exterior. Giró la cabeza.

Reconoció inmediatamente al alto, canoso y severo Alexander Colfax, el productor de todos los filmes de Shirley Anderson, algo sorprendido, puesto que nunca habían cruzado palabra, le contempló enarcando las cejas.

—¿Sí? —indagó.

—¿Señor Cameron? —preguntó el magnate de la industria cinematográfica.

—El mismo —asintió—. Y usted Alexander Colfax, ¿no es cierto?

—En efecto —asintió con una vaga sonrisa el productor—. Ya nos encontramos en otra ocasión, ¿no es cierto?

—Muy cierto. Era en Nueva York. En una ceremonia como ésta.

—Lo recuerdo muy bien. Usted fue un gran amigo de Neville Garner, ¿cierto?

—Así es. Y usted el gran impulsor de la vida artística de Shirley Anderson, ¿verdad?

—Sí, creo que sí —suspiró el productor, abriéndose paso, junto a él, entre la multitud del exterior, en dirección al aparcamiento cercano—, aquella boda me disgustó mucho.

—¿Por qué? Neville Garner era muy rico.

—Lo sé. Por eso, tal vez. Pensé que ya nunca recuperaría a Shirley.

—Y la recuperé.

—Tuvo que suceder aquella desgracia para ello, de vivir su amigo, creo que ella nunca hubiera vuelto al cine.

—Es posible. Estaba muy enamorada de Neville.

—¿Enamorada? —Colfax rió desagradablemente. Meneó su cabeza en sentido negativo—. No, no lo creo, señor Cameron.

—¿Cómo? —Dan le miró con cierta acritud—. ¿Pretende insinuarme que ella se casó con Neville por su dinero?

—No he dicho eso.

—Pero lo está insinuando. Recuerde una cosa: fui amigo de Neville. Su mejor amigo. Pero también soy ahora el amigo de Shirley. No me gusta oír hablar mal de ella.

—Yo no puedo hablar mal de Shirley, señor Cameron, no se ofenda.

—¿Entonces, qué significan sus palabras?

—Algo muy distinto a lo que imagina. Ella nunca quiso a nadie.

—¿Cómo?

—Verá... Shirley es una muchacha que tiene el espíritu de una adolescente. Cree enamorarse de alguien, pero no es así. Lo cierto es que se ilusiona con alguien, y enseguida piensa que será feliz con él. Su corazón la engaña siempre. Pero le gusta ser fiel a los demás. Por eso hubiera seguido siendo la señora Garner solamente, aunque hubiera terminado descubriendo que no amaba a su marido, como tampoco ama realmente ahora a ese muchacho guapo y vacío, Brian Kelly.

—Usted parece saber de Shirley más que nadie, señor Colfax. Más, incluso, que ella misma.

—Tengo mis razones para ello, amigo mío —sonrió tristemente el productor—. La conozco desde que era realmente una niña. No ha madurado en sus sentimientos. Sigue ilusionándose fácilmente, construye castillos en el aire, crea fantasías en su mente... Ella es así, y

así será siempre, quizá hasta que un día encuentre de verdad el amor de su vida. Y entonces puede ser demasiado tarde, porque estará casada y con hijos.

—En este país existe el divorcio, señor Colfax —ironizó Dan.

—Oh, claro. Pero Shirley nunca se divorciaría de un hombre. Ya le digo que es demasiado leal para eso. Su espíritu de sacrificio la llevaría a resignarse, aun no amando al ser a quien tuviera al lado, así le sucedió con sus tíos y una hija de éstos, cuando murieron sus padres en un desdichado accidente de aviación. La explotaron haciendo teatro y circo desde los siete años desde un espectáculo de serpientes amaestradas, hasta equilibrios a gran altura, y ella lo soportó todo, aun pudiendo apartarse de ellos cuando fue mayor de edad. Incluso la estafaron, quedándose con todo su dinero, sus ahorros de varios años, durante una gira por Centroamérica, y no los denunció a la policía. ¿Comprende ahora cómo es realmente Shirley? Sus tíos tuvieron que huir lejos del país, al cometer otro delito a otras personas que sí les denunciaron, y entonces ella se liberó definitivamente.

—Y entonces apareció usted.

—Exacto —los ojos de Colfax le miraron sombríamente—. Entonces aparecí yo, que había sido su empresario teatral cuando tenía dieciséis años y ella empezaba ya a ser una bella e inteligente actriz. Y la lancé en el mundo del cine con mucho éxito.

—Posiblemente, señor Colfax, incluso se enamoró de ella en secreto.

Las palabras de Dan hicieron impacto en el magnate del cine. Se irguió, arrugó el ceño, y miró a Dan con cierto disgusto. Luego, acabó asintiendo.

—Sí —confesó—. Siempre estuve enamorado de ella. Pero soy demasiado mayor para aspirar a ser su esposo alguna vez. Ella necesita juventud a su lado. Y verdadero amor, de haberle pedido que se casara conmigo, hubiese aceptado por lealtad. Por eso nunca le dije nada. No quiero hacerla desgraciada.

—Pero se sentiría feliz cuando ella regresó al cine, tras la muerte de su primer marido.

—¿A qué negarlo? Claro que me sentí feliz. Porque recuperaba a una gran estrella. Y porque ella volvía a estar cerca de mí.

—¿Se conforma con eso?

—No puedo pedir más.

—¿Y ahora?

—Ahora... no sé —se encogió de hombros—. Puede suceder todo, que ese hombre la arruine y la haga desgraciada. O que sean felices, de todos modos, quizá no vuelva esta vez.

—¿No confía en Brian Kelly?

—No, no confío en él. Es jugador, mujeriego, vividor..., y nada

inteligente. Pero es joven y hermoso. Ella no ha visto más allá, por desgracia. Cuando salga del error, será tal vez demasiado tarde.

Estaban ya fuera del cerco de gentes enfebrecidas. Dan Cameron se paró, encarándose con el productor.

—¿Por qué me cuenta a mí todo esto? —quiso saber.

—No sé —Colfax meneó la cabeza—. Tal vez necesitaba decírselo a alguien, y en nuestro mundo eso no es fácil. Enseguida lo dicen a los cuatro vientos. Usted es diferente. Pertenece a un mundo distinto. Tiene clase. Y es inteligente, además, creo que quiere de verdad a Shirley.

—Sí. Es como si Neville me lo hubiera pedido antes de morir. La considero mi mejor amiga. Y haría lo que fuese en su favor.

—Es justamente lo que pensaba —estudió a Dan con una mirada extraña y abstraída. Luego sonrió, tendiéndole su recia mano—. Bien, señor Cameron. Ha sido un placer conocerle.

—Igual digo, señor Colfax.

—Esperemos que esta vez, Shirley sea realmente feliz. Se lo merece.

—Sí, merece todo lo bueno. Confíemos en que las cosas sean, realmente, así.

Colfax se alejó. Dan Cameron le contempló, entrando en un lujoso automóvil, un «Mercedes Benz» europeo, último modelo, color azul, que se alejó hacia Los Angeles. Él tomó su propio automóvil alquilado en Los Angeles a su llegada, un deportivo rojo, marca «Jaguar», y esperó a que llegase hasta él, abriéndose paso denodadamente entre la ya medio disuelta multitud, Jenny Garrett con su cámara tomavistas.

—Uf... —jadeó la joven reportera, cayendo en el asiento vecino a Dan—. Casi no salgo viva de allí. Resulta que también yo tengo mis admiradores...

—Es natural. El programa de Jenny Garrett lo ve todo el país —rió Dan entre dientes, poniendo el «Jaguar» en marcha—. Y tampoco eres nada fea...

—Muy amable —refunfuñó ella, dejando la cámara detrás—. ¿Sabes que hice un bello primer plano del momento en que te besaba la novia?

—¿De veras? ¿Por qué? —sonrió Cameron, saliendo del aparcamiento hacia el centro urbano.

—Muy sencillo: porque parecías tú el novio. La verdad es que te dio un señor beso, Dan. Teníais los labios como pegados con cola.

—Eres muy exagerada, Jenny.

—No exagero ni un ápice. Cuando salgas en mi programa, va a haber diversidad de opiniones.

—¿Sobre qué?

—Sobre el novio y el padrino. La gente podrá cruzar apuestas sobre quién es el más guapo. Y también acerca de quién recibió el mejor beso.

—No tienes remedio, Jenny —protestó Dan, Acelerando la marcha—.

Todo está lleno de malicia para ti. Shirley y yo somos amigos, eso es todo.

—Ya sé que tú eres un hombre fiel a una amistad. Me pregunto si ella también lo será.

—Jenny...

—Ya me callo, ya me callo —se apresuró a decir la joven, encogiéndose en su asiento.

* * *

El agudo, terrible grito de mujer, conmovió a todo el suntuoso hotel.

Inmediatamente, varias se precipitaron al corredor de la segunda planta en busca del motivo de aquel estremecedor alarido.

—Ha sido en la *suite* nupcial, podría jurarlo... —aseguró una de las empleadas.

—¿Tú crees? —dudó una compañera.

Para aclarar sus dudas, el grito se repitió. Las camareras se miraron, confusas.

—Sí, seguro —afirmó otra—. Es en la *suite* de los novios.

—¡Pronto, veamos qué pasa! —habló la más decidida, corriendo en esa dirección—. Una de vosotras, que avise a recepción.

Las demás camareras se precipitaron tras de ella, mientras una se quedaba junto al teléfono interior, llamando a conserjería con apremio.

—¿Qué sucede? —indagó la grave voz del conserje.

—No lo sé, señor —respondió la camarera—. Mis compañeras van ahora a la *suite* nupcial. Se oyen gritos de mujer...

—Está bien. Enseguida sube el detective del hotel con dos empleados.

La camarera colgó, apresurándose a ir tras de sus compañeras, que ya golpeaban la puerta de la estancia, mientras dentro no se oía voz alguna.

—No contesta nadie —se alarmó la encargada de la planta—. Y está cerrado con llave. Será preciso abrir, por si ocurre algo grave...

Buscó en su manojo de llaves maestras del piso, y eligió la adecuada, introduciéndola en la cerradura con nerviosismo. Logró abrir, y empujó la puerta, asomando al interior.

La *suite* nupcial era bastante amplia. Un recibidor, un corto corredor hasta un *living*—comedor, una amplia habitación para los novios y dos cuartos de aseo grandes y lujosos.

La encargada de la planta y sus compañeras de servicio no hallaron nada en el recibidor, y pasaron al *living*, allí se detuvieron, sorprendidas y asustadas.

Semidesnuda, con sólo una colcha enrollada en torno a su cintura, los bellos senos al aire, Shirley Anderson, la actriz cinematográfica, ahora señora de Kelly, yacía inmóvil sobre la moqueta. Su traje de novia, como un sarcasmo, aparecía cuidadosamente colgado de una butaca.

Dios mío, está muerta... —jadeó una camarera, sobrecogida.

La encargada, muy pálida, se inclinó sobre la actriz. La examinó atentamente, e irguió la cabeza.

—No negó—. No está muerta. Sólo inconsciente. Que alguien la ponga sobre ese sofá. ¿Qué ha podido ocurrir aquí?

—Tal vez una simple disputa matrimonial... —aventuró otra—. Y hemos metido la nariz donde no debíamos...

—Calla tú —cortó secamente la encargada—. ¿Y el novio? ¿Dónde está?

Hubo un silencio colectivo ante la pregunta. La encargada elevó la voz para llamar:

—¡Señor Kelly! ¡Señor Kelly! ¿Dónde está usted? ¡Señor Kelly, responda!

El mismo silencio acogió sus llamadas. Realmente asustadas, las empleadas se miraban entre sí, indecisas. La encargada, siempre la más decidida de todas ellas, señaló a la puerta vecina, que cubría totalmente una pesada cortina verde esmeralda.

—El dormitorio —dijo—. Tiene que estar ahí. Veamos qué ocurre...

—No, no, señora. ¿Y si está dormido el señor y presenta una reclamación contra nosotras, por inmiscuirnos en este asunto? Podrían echarnos del hotel...

—Aquí ocurre algo raro —sostuvo la encargada—. Y vamos a aclararlo...

—¿Qué es lo que va usted a aclarar, señora? —tronó la voz desde la entrada de la *suite*.

Todas se volvieron gritando alarmadas, como si el propio monstruo de Frankenstein hubiese hecho su aparición a espaldas suyas.

—Oh, gracias a Dios, señor Talbot —habló la encargada, al reconocer al detective del hotel, hombre fornido, rudo y decidido—. Mire, encontramos así a la señora Kelly. Está inconsciente. Y su marido no responde a nuestras llamadas ni da señales de vida si está realmente ahí dentro...

—Está bien, dejen todo en mis manos —el detective se volvió a dos hombres uniformados de gris que le seguían—. Ustedes quédense aquí. Yo me encargo del asunto. Veamos, señoras, dejen que sea yo quien pase a ver al señor Kelly...

Se abrió paso entre las camareras, llegó ante la cortina corrida y llamó, enérgico:

—¿Señor Kelly! Soy el detective del hotel. ¿Puedo pasar, señor Kelly?
—el silencio continuó igual y él añadió ceñudo—: Si no responde ahora pasaré, téngalo en cuenta.

Esperó unos segundos. Cuando comprobó que nadie le daba respuesta alguna, alzó la cortina y entró.

Brian Kelly parecía dormir tranquilamente en la ancha y suntuosa cama de matrimonio destinada a los novios. Sobre el embozo sobresalía su musculoso torso y su arrogante cabeza de varonil atractivo, reposaba en la almohada, con los ojos cerrados y la expresión tranquila.

—Señor Kelly... —insistió el policía, vacilante.

El durmiente no despertó. El detective, resuelto, avanzó hacia el lecho nupcial, y corrió una cortina y una persiana a su paso, en uno de los dos grandes ventanales de la estancia.

Cuando la luz diurna hirió con más fuerza al hombre dormido, pese a que todavía no eran más que las siete de la mañana, algo raro apreció el detective en el hombre del lecho.

Su color.

La piel tenía un tono céreo, algo amarillento, no el bronceado saludable que siempre mostraba Brian Kelly en sus apariciones en público o en los fotogramas de sus mediocres películas.

Se acercó con mayor rapidez, pensando en una repentina enfermedad que quizá necesitaba urgente atención mientras ellos perdían el tiempo en requisitos inútiles.

Inclinóse sobre Kelly, apoyando su mano en el torso. Lanzó una sorda imprecación, y abrió mucho los ojos.

El novio estaba helado.

—Dios mío... —jadeó—. No es posible...

Examinó más atentamente al supuesto durmiente, desde su aliento hasta su cuello, cuya carótida oprimió, para buscarle luego el pulso y los latidos del corazón.

No encontró nada de todo ello.

—Muerto... —jadeó—. Está muerto...

Se irguió, estupefacto. Su rostro ancho y torpe, parecido al de un pugilista, reveló desorientación. El recordaba la primera tragedia de la vida matrimonial de Shirley Anderson. Por ello el suceso le resultaba sobrecogedor.

Salió lentamente del *living*. Las camareras le miraron, ansiosas.

—Llamen al médico del hotel —pidió—. Es muy urgente. Díganle que venga enseguida. Yo haré otra llamada mientras tanto.

Caminó hacia el teléfono de la sala, disponiéndose a alzarlo. Luego dudó, extrajo un pañuelo y cubrió con él sus dedos para tomar el teléfono. Marcó un número.

—¿Es la policía? —preguntó, ante el estupor medroso de las

empleadas—. Tengo que informar de una muerte repentina... Se trata de Brian Kelly, en su noche de bodas. Lleva muerto bastante tiempo...

Y siguió dando detalles del nombre del hotel y las circunstancias del hallazgo, ante la mirada de horror de las angustiadas camareras.

Capítulo V

EL teniente Gallagher era un individuo de expresión grave, escasas palabras y modales suaves. Pertenecía a la policía de Los Angeles, Departamento de Robos y Homicidios.

—¿Homicidios? —había preguntado el director del hotel, alarmado ante la presentación del policía—. ¿Por qué precisamente Homicidios, teniente? Al parecer, según el doctor Stuart, nuestro médico del hotel, se trata de un simple colapso, un paro cardíaco como se producen tantos en nuestros días.

—Eso es lo que dice su médico. Pero mis superiores han preferido asignarme de momento a mí el asunto —cortó tajante el oficial de policía—. Un médico forense verá ahora el cadáver del señor Kelly, y discutirá la cuestión clínica con su propio médico.

—Pero ¿por qué se escandalizó el director del establecimiento, que ya imaginaba la negativa publicidad que un caso semejante acarrearía a su hotel?

—Porque no están nada claras las circunstancias de esta muerte.

—No hay señales de violencia en la habitación nupcial, el señor Kelly murió mientras dormía, según todos los indicios, y la señora Kelly sufre una aguda crisis nerviosa en estos momentos, tras el hallazgo de su esposo sin vida. La puerta estaba cerrada por dentro, nadie entró en la *suite*, excepto las camareras porque tienen un duplicado de la llave... ¿Por qué imagina la policía que puede haber un homicidio en todo esto?

—La policía, señor mío, aún no se ha pronunciado oficialmente —rectificó, suave, el teniente Gallagher—. Podría suceder que todo haya sido una falsa alarma, y el asunto se trate, como usted bien dijo, de un simple ataque cardíaco, en cuyo caso nadie será molestado. Pero mis superiores han pensado, muy sensatamente, que vale la pena investigar esto.

—No le entiendo...

—O no quiere usted entender. Todo el mundo sabe lo que sucedió en el primer matrimonio de Shirley Anderson, de eso hace dos años, y ha quedado casi en el olvido. Pero la policía conserva en sus archivos las referencias al caso, tal y como nos las facilitó en su día la autoridad naval. El señor Garner, primer marido de la señorita Anderson, murió en alta mar... la noche de su boda precisamente, de un ataque cardíaco, al

parecer, según dictaminó el médico de a bordo, doctor Daniels. Fue sepultado en el mar, y el asunto se olvidó. La viuda heredó una fortuna, cobró un seguro de la Lloyds inglesa, de un millón de dólares aproximadamente, y volvió al cine, ahora se casa con otro hombre..., y la historia se repite. En la misma noche de bodas, Brian Kelly muere de un colapso. ¿No cree que es mucha casualidad?

—No estará sospechando usted que ella...

—No sospecho nada —atajó con dureza Gallagher—. Sólo le pido que me deje llevar este asunto a mi manera.

—Pero mi hotel, tan prestigioso, podría resultar perjudicado si...

—Procuraremos que su hotel no sufra daños en su reputación, pero no puedo asegurarle nada si las cosas se complican, porque los reporteros husmean esa clase de noticias a distancia, y caerán aquí como buitres, se lo aseguro.

—Dios mío... —clamó el director, llevándose las manos a la cabeza—. Dios mío...

—No se lamente todavía —le advirtió secamente el policía—. Es posible que, después de todo, éste sea un simple asunto rutinario, y esté archivado mañana mismo, sin el menor escándalo.

Pero había algo en su tono que hacía presagiar que ni él mismo se creía una explicación tan sencilla a unos hechos tan extraños como las dos muertes de unos novios, justamente en su noche de bodas, en la sola compañía de su joven y bella esposa, Shirley Anderson.

* * *

—¿Autopsia? ¿Qué... qué quiere decir eso, teniente?

—Lo lamento, señora. Quiere decir justamente lo que usted supone. En esta ocasión, su esposo no será sepultado sin más trámites que un funeral adecuado. El médico forense ha llegado a una decisión. No se puede certificar la defunción del señor Kelly, sin hacerle previamente la autopsia.

—Pero... pero eso no tiene sentido... —gimió Shirley Anderson, irguiendo su rubia cabeza en las almohadas de la estancia adonde la habían conducido tras la muerte de su joven esposo los propios rectores del establecimiento hotelero.

—¿Usted cree, señora? —los ojos grises del oficial de Homicidios la contemplaron inquisitivamente—. ¿Considera normal la muerte de su esposo?

—No, claro que no... —se estremeció Shirley, muy pálida, cerrando los ojos—. Sobre todo después de...

—Entiendo lo que quiere decir. Sobre todo después de lo anterior, ¿no es cierto? Su primer esposo también murió en su noche de bodas,

aparentemente de un ataque cardíaco, como parece ser también la causa de la muerte de Brian Kelly.

—Es... es como una maldición, teniente.

—Quizá lo sea, pero yo no creo en maldiciones, como tampoco creo en casualidades, coincidencias insólitas ni cosas parecidas. La repetición de un caso así, señora Kelly, tiene que exigir, forzosamente, la intervención de la policía, como muy bien consideró desde el primer momento el señor Talbot, detective del hotel.

—Pero... pero estábamos solos él y yo... Se durmió un poco antes de dormirme yo, teniente. Parecía feliz, me deseó las buenas noches... Cuando desperté con la primera claridad del día, él daba la impresión de seguir durmiendo tranquilamente. Ni siquiera recordé aquel terrible momento de mi primera boda. Me limité a alargar el brazo, tocarle la piel..., y entonces sí. Entonces noté con horror aquella frialdad terrible, que no era la primera vez que sentía junto a mí, en el propio lecho nupcial...

—Serénese, señora Kelly, y trate de concretarme detalles. ¿Por qué no empezamos por aquella noche de bodas en el yate *Albatros*, hace dos años?

—¿Sabe usted todo eso?

—Lo sé, en efecto. Figura en un *dossier* con su nombre, entre los asuntos de archivo de la policía. Se guardan esas cosas, por lo que pueden significar, no porque les veamos un significado especial en ese momento. La policía de Nueva York nos facilitó todos esos datos apenas supimos lo ocurrido a su segundo esposo.

—Dios mío, no puedo entenderlo. Esto no tiene sentido...

—Puede ser, después de todo, una fantástica coincidencia de sucesos. Cosas más raras se han producido a veces en la vida, señora. Pero nuestra misión es comprobar que, en efecto, así fue. Por eso le ruego me cuente lo de entonces, con todo detalle.

—Poco hay que contar. El relato podría repetirse ahora, con la diferencia de que entonces tuvo por escenario un yate en alta mar, y ahora un hotel en pleno Bel Air... Pero le referiré todo, teniente. Yo no tengo nada que ocultar. Por el contrario, desearía saber qué sucede realmente... si es que ocurre algo.

E inició su relato de la trágica noche de bodas a bordo del *Albatros*, dos años antes. El teniente Gallagher la escuchó en un profundo y atento silencio.

Solamente cuando ella hubo terminado, el oficial de policía inició una nueva serie de preguntas escuetas:

—Señora Kelly, ¿no observó nada anormal en su primer marido la noche de bodas?

—No, nada.

—¿Se comportó normalmente con usted en todo momento?

—No del todo, porque había bebido más de la cuenta.

—¿Todos comieron y bebieron de los mismos productos?

—Sí, teniente, de lo mismo. Se lo pueden confirmar el capitán Dekker y el doctor

Daniels, que asistieron a la cena de esponsales.

—Sí, hablaré con esos dos caballeros más adelante. ¿Apareció muerto su primer esposo del mismo modo que ha aparecido éste?

—Sí, del mismo, al despertar lo encontré frío sin vida.

—¿Tiene usted el sueño pesado?

—No. Habitualmente, cualquier ruido me despierta.

—¿Y no oyó nada en ninguno de los dos casos? ¿Ni una queja, ni un movimiento brusco, ni una voz?

—Ya se lo dije: nada.

—¿No le parece raro que, si fueron colapsos similares, muriesen ambos del mismo modo, señora?

—Todo me parece raro. Más que raro: increíble. Dos bodas, dos noches nupciales..., y dos muertes súbitas, inexplicables, en dos hombres jóvenes y fuertes.

—¿Ninguna tenía antecedentes clínicos relativos a su corazón o cosa parecida?

—Que yo sepa, no. Resulta poco lógico imaginar que un deportista como Neville o un atleta como Brian, que no necesitaba «dobles» en las escenas arriesgadas de sus películas, pudiesen padecer dolencias cardíacas, pasando como pasaban frecuentes revisiones médicas por ambos motivos.

—Pensamos igual, señora. Pero lo cierto es que ambos han muerto. La noche de bodas, estando a solas con usted.

—Eso me hace sospechosa de algo, ¿no es eso lo que quiere decir, teniente?

—Señora, yo no he pronunciado esa palabra en ningún momento.

—Pero lo está insinuando aun sin quererlo —sonrió tristemente Shirley—, admito que ahora, tras ocurrir esto, resulte sospechosa la muerte de mi primer marido, que me dejó, entre otras cosas, un seguro de vida por un millón de dólares y una fortuna considerable. Pero Brian Kelly era un compañero de trabajo de quien me enamoré, simplemente. No poseía nada ni podía legarme cosa alguna. ¿Por qué iba yo a desear su muerte?

—Va demasiado deprisa, señora. Ni siquiera he sugerido que usted desee la muerte de nadie. Estamos haciendo una encuesta previa, eso es todo. Mis preguntas sólo se refieren a la posibilidad de que otras personas le hubieran intoxicado a uno u otro durante la cena, o a que una dolencia mortal, por fantástica coincidencia, afectó a ambos en un

momento similar.

—Coincidencia en la que difícilmente podría creer juez o jurado alguno. Ni siquiera usted o yo, teniente.

—Señora Kelly, ¿por qué nombrar un juez y un jurado, cuando todavía no tenemos ni siquiera la más mínima evidencia de que hay un caso criminal en el fondo?

—Porque usted parece seguro de que ese caso existe.

—Sólo estoy seguro de que dos hombres han muerto en el lecho nupcial que compartían con usted en su noche de bodas. Ello, de por sí, resulta extraño e insólito, y queremos salir de dudas definitivamente. Eso es todo.

—Sí, entiendo. Perdóneme si a veces hablo de más —movió la cabeza con abatimiento—. Estoy desorientada, rota... No sé qué pensar de todo esto, teniente. Es como una pesadilla espantosa que se repite.

—La comprendo muy bien. Dígame, señora Kelly, ¿conoce usted de alguien capaz de odiar a cualquiera de sus dos esposos hasta el punto de desear su muerte?

—Mucho me temo que no. Les conocí poco a ambos para profundizar en sus vidas y su pasado. Pero aunque hubiera sido así, tendría que tratarse de personas diferentes, porque dudo mucho que hubiera algún nexo entre ellos dos.

—Ese nexo, en todo caso, existe: señora Kelly.

—¿Yo? —Shirley abrió mucho sus ojos jaspeados—. ¿Otra vez vuelve a mí?

—Es que no cabe otra posibilidad. Usted misma reconoce que el millonario Garner y el actor Kelly no podían tener entre sí relación alguna. Por tanto, esa relación es usted misma. ¿Sabe de alguien que la odie a usted lo suficiente como para dejarla viuda en su misma noche de bodas?

—¿A mí? —el asombro la invadió ostensiblemente—. Cielos, no. ¿Por qué habría de odiarme nadie, teniente?

El policía sonrió, moviendo negativamente la cabeza.

—No sabe usted la cantidad de enemigos que puede llegar a tener, sin saberlo, una mujer joven, hermosa y, por añadidura, famosa y rica. Envidias, celos, rencores y despecho, suelen ser las motivaciones de un enemigo en tales casos. Piénselo bien y ya me responderá al respecto, señora Kelly.

—Pero..., aunque existiera ese hipotético enemigo... ¿cómo hubiese podido llegar hasta la intimidación de nuestro camarote del yate aquella noche, o hasta esa cámara nupcial cerrada con llave por dentro, en la noche de ayer?

El teniente Gallagher exhaló un suspiro y se puso lentamente en pie. Sus grises pupilas escudriñaron el bello y demacrado rostro de la novia

nuevamente enlutada.

—Eso, señora, es la clave de todo —dijo—. Usted ha puesto el dedo en la llaga, sin duda alguna. Si existe un complot criminal contra sus maridos, éste tiene que venir lógicamente de un enemigo suyo. Lo importante sería saber, si en ese caso, *cómo* llegó su mano criminal hasta su lecho en la noche de bodas.

—Siempre que no fuese *yo misma* quien los mató, ¿no está pensando en eso? —la joven sonrió con cierta tristeza.

—Sería la criminal más ingenua y torpe de la historia del crimen, señora Kelly —respondió a su vez el teniente Gallagher, con otra sonrisa—. Matar en su propio lecho, estando ambos solos y con la puerta cerrada por dentro, a su marido con el que lleva sólo unas horas casada, rozaría el delirio. Y no me parece usted una persona desequilibrada, ni mucho menos. Es todo, señora. La tendré al corriente de lo que averigüemos.

—Sí, por favor. ¿Cuándo... cuándo será... la autopsia de Brian?

—Mañana por la mañana. Mientras tanto, hablaré con el personal de su yate, si es que éste se halla amarrado al puerto de Los Angeles, según me han dicho.

—Sí. Está aquí. Nos esperaban para, al término de la película que ruedo, iniciar nuestro viaje de luna de miel... ¿Cree que va a encontrar algo en ese yate que pueda aclarar sus investigaciones?

—De momento, sólo creo una cosa: los ocupantes de ese yate estaban a bordo con ustedes dos la noche en que murió su primer marido. Y ahora están lejos de este hotel, cuando ha muerto el segundo.

—¿Sospecha de alguno de ellos? —se asombró Shirley.

—Si hay algún sospechoso en el mundo, aparte de usted misma, éstos son los hombres que viven a bordo del *Albatros*, señora —sonrió el oficial de Homicidios, añadiendo con una cortesía algo enigmática—: Eso, siempre bajo la suposición de que, en efecto, haya tal caso criminal... cosa que aún está lejos de haberse probado.

Salió de la habitación con paso leve, al llegar al pasillo del hotel, casi tropezó con un hombre alto, joven y elegante, que avanzaba con rapidez hacia la puerta de la habitación actualmente asignada a la viuda Kelly. Un agente uniformado que montaba guardia a la puerta de esa habitación, miró al oficial como en demanda de instrucciones.

—Perdone —le interrumpió el teniente Gallagher—. La señora Kelly no admite visitas por el momento.

—A mí sí me recibirá —replicó el joven, parándose en seco. Miró de reojo al policía de servicio—, a menos que esté incomunicada oficialmente...

—¿Incomunicada? —Gallagher enarcó las cejas—. ¿Por qué se le ocurrió eso, señor...?

—Cameron. Daniels B. Cameron. Soy amigo de Shirley Anderson.

—Ah, ¿el señor Cameron, el millonario? —puntualizó el teniente, mirándole con renovado interés—. Eso cambia las cosas.

—¿Porque soy millonario?

—No. Porque es el amigo de la señora Kelly. ¿Aún no la ha visto desde la tragedia?

—Desde esta última, no, acabo de enterarme de lo sucedido.

—Ya —Gallagher se frotó el mentón, pensativo, estudiando a su interlocutor—. ¿Y qué piensa usted de ello?

—¿Debo pensar algo?

—Supongo que sí. Siendo amigo de ella, y habiéndolo sido del difunto Neville Garner, algo tiene que pensar de la muerte de Brian Kelly, tan semejante a la anterior...

—Todavía me siento confuso, aturdido. Ha sido una noticia tan increíble... ¿Es usted de la policía?

—Teniente Gallagher, de Robos y Homicidios.

—¿Homicidios? —los ojos astutos de Dan brillaron.

—No se alarme —sonrió el oficial de policía—. Todavía no ocurre nada.

—No me he alarmado —cortó Dan algo seco.

—Pues lo parecía. ¿Qué pensó? ¿Qué sospechábamos de la señora Kelly?

—¿Sospechar? ¿Por qué?

—Vamos, vamos. No puede haber dejado de pensar, pese a su confusión inicial, en lo extraño de dos muertes idénticas, ambas en la noche de bodas... Ninguna mujer resulta tan terriblemente peligrosa en el lecho, como para matar a su cónyuge de modo fulminante en su primera noche, ¿no le parece?

—Como broma, teniente, no tiene ninguna gracia.

—No bromeaba, señor Cameron —sonrió el policía astutamente—. Veo que le duelen los comentarios que afecten a la señora Kelly.

—Somos amigos. Yo siempre defiendo a mis amigos de todo el mundo que pretende dañarles.

—Yo no pretendo dañarla en lo más mínimo, señor Cameron, se lo prometo.

—Entonces, ¿qué hace un oficial de Homicidios visitándola?

—Sólo hacer unas cuantas preguntas, al menos, por el momento.

—¿Hay algo raro en la muerte de Brian Kelly?

—¿Usted qué cree? —comentó sarcástico Gallagher—. Dos hombres mueren la noche de esponsales en la cama, junto a Shirley Anderson. El primero, aparentemente, de colapso cardíaco, según certificación del doctor Daniels, en alta mar a bordo del yate *Albatros*. El segundo, en

apariciencia del mismo modo. Pero esta vez la muerte se produce en tierra firme, en una gran ciudad, y el hotel avisa a la policía. Un médico forense se niega a certificar la defunción y exige autopsia. Eso es todo por ahora.

—Entiendo. Hay sospechas de que no fuese muerte natural.

—Usted no me parece ningún tonto, señor Cameron. ¿Aceptaría cómo casuales ambas muertes en idénticas circunstancias?

Dan fue escueto y firme en su respuesta:

—No. No puedo creer que existan casualidades así.

—Vaya, menos mal —resopló el teniente con alivio—. Usted es muy sincero, señor Cameron.

—Me gusta afrontar las cosas con franqueza. Conocía a Neville. Me extrañó que muriese del corazón. Era fuerte, robusto, practicaba deportes duros... Tal vez por eso fui a Génova cuando supe su muerte, acabé por creer de verdad en una muerte natural. El doctor Daniels me pareció un hombre eficiente y honesto.

—Muchos venenos, señor Cameron, producen una muerte parecida a la del fallo cardíaco.

—Lo supongo, ahora empiezo a preguntarme qué sucede. Cuando supe lo de Kelly, me quedé helado. Le vi unos pocos minutos, pero me pareció un tipo fuerte, vigoroso, atlético. Creo que empezó de «doble» o «especialista», y que no necesitaba «dobles» en sus escenas peligrosas. Un hombre así ha de tener el corazón muy fuerte.

—Es lo mismo que yo pienso. Mañana tendremos la respuesta oficial.

—¿La autopsia?

—Sí. La autopsia. La señora Kelly está muy interesada en conocer el resultado.

—Yo también. Pero supongo que no tengo ningún derecho a ello.

—¿Por qué no? Es usted un hombre importante, social y económicamente, además, es el mejor amigo de la señora Kelly, al parecer. Le informaré, no lo dude.

—Gracias —le estudió, reflexivo—. ¿Sospecha de Shirley Anderson?

—No Sospecho de nadie. ¿Usted la cree tan estúpida como para matar a su marido en el lecho, estando ambos cerrados con llave por dentro?

—No. Pero entonces, ¿cómo pudo ocurrir?

—Es lo que tendré que investigar. Usted estuvo en ese yate y me lleva ventaja. ¿Qué diría la gente de a bordo?

—El capitán Dekker me pareció un respetable marino. El doctor Daniels un hombre honesto.

—¿Y el servicio?

—Un sudamericano llamado Néstor, un tipo violento y áspero. Frank, un mulato, afable y servicial. Es cuanto pude observar.

—Ellos están ahora aquí, en Los Angeles. El yate fondea en el puerto. ¿Qué opina?

—Creo intuir lo que sugiere. Uno de ellos podría ser su sospechoso ideal.

—Quizá —se encogió de hombros—. Pero tenemos el clásico problema de la puerta cerrada, algo que apasiona a los autores de obras policíacas. Sólo que la vida no es una novela, y no resulta tan fácil resolver el problema del recinto cerrado.

—Lo cual nos lleva de nuevo a ella —señaló a la puerta de la habitación de Shirley.

—Sí, eso es lo que no me gusta —meneó la cabeza Gallagher, con aire contrariado—. En fin, veremos. Creo que puede entrar. Ella se sentirá aliviada si ve a un buen amigo como usted...

—Gracias, teniente.

—No me las dé. No la tengo recluida, sino protegida, simplemente. Ha sido el médico quien recomendó que no recibiera visitas, no la policía. Hasta otra, señor Cameron.

—Hasta otra, teniente —se despidió Dan, caminando hacia la puerta de la habitación resueltamente.

Aún no había llegado a ella, cuando él teniente Gallagher, que recibía la información en voz baja de un agente uniformado que acababa de aparecer con paso rápido por el corredor, se volvió para advertirle:

—Ah, una cosa, señor Cameron.

—¿Sí? —Dan se volvió hacia él, intrigado.

—Acabo de enterarme de algo que *sí* nos ofrece un móvil para que la señora Kelly pudiese desear la muerte de su segundo esposo.

—¿Qué quiere decir? —se puso rígido Dan.

—Se trata de un seguro de vida. El señor Kelly >se hizo uno, días antes de su boda. Ese seguro se eleva a la cifra respetabilísima de millón y medio de dólares... Y su beneficiada legal es su esposa, Shirley Anderson.

Dan no dijo nada, abrió la puerta, tras golpear suavemente y oír la voz de ella que le invitaba a entrar. Pero su rostro, repentinamente, se había ensombrecido.

Capítulo VI

ERA una mañana nubosa y gris. Unas gotas de lluvia empezaban a golpear el asfalto sordamente.

Dan Cameron dirigió una larga mirada pensativa hacia el mar plomizo. El oleaje estaba haciéndose más fuerte por momentos, y mecía con fuerza las embarcaciones ancladas en los muelles deportivos de Malibu. Luego se subió el cuello de su impermeable ligero, color claro, a su lado, Shirley se encasquetó más profundamente su caperuza gris, no supo si para protegerse mejor de la llovizna o para no ser reconocida por alguno de los transeúntes de las playas y embarcaderos de Malibu.

—Te sentará bien este paseo —dijo Dan—, además, podremos visitar un momento el yate.

—No tengo ganas de nada, Dan —sonó roncamente la voz de ella.

Cameron no dijo nada. Se limitó a mirar tras de sí, descubriendo la marcha lenta de un automóvil color gris metálico, que se movía parsimonioso por la Roosevelt Highway, frente al mar. Sonrió sardónicamente.

—No nos pierden de vista ni un momento —comentó.

—¿Quiénes? —se sobresaltó Shirley.

—La policía. No son muy discretos siguiéndonos, la verdad.

—Dios mío, Dan. Sospechan de mí...

—O temen por ti —hizo notar Dan—. Puede ser una medida de protección.

—Sabes que no lo es. Sospechan que soy culpable de dos muertes. Es horrible pensar algo así, Dan...

—Cálmate —le apretó la mano con fuerza. Notó que la tenía fría y temblorosa—. No tienes nada que temer.

—Pero, Dan, ayer por la tarde, cuando me visitaste en el hotel por primera vez, me dijiste lo de Brian... Yo nunca supe que él hubiera extendido una póliza de seguro de vida a mi nombre. Y aunque lo supiera, ¿crees que yo podría...?

—Por favor, Shirley, a mí no tienes que contarme eso —la detuvo Dan vivamente—. No tiene sentido, compréndelo. Yo sé que no has hecho nada malo. Lo supe siempre. Incluso cuando creí intuir algo raro en la muerte de Neville.

—¿Tú sospechaste...?

—No llegó a ser una sospecha. Sólo una intuición repentina, fugaz. Lo olvidé enseguida. Pero nunca pensé en ti, sino en los demás del yate.

—Dan, sabes que nadie pudo causar daño a Neville o a Brian sin enterarme yo. Tengo el sueño ligero, podía despertar si eran atacados por alguien, además, la violencia acostumbra dejar señales. Pensé en algún tóxico. Pero todos cenasteis y bebisteis lo mismo, en mayor o menor cantidad, y nadie sintió nada raro después. Supongo que con Brian ocurriría lo mismo...

—En efecto. Colfax nos dio una cena espléndida en el hotel. Brian y yo tomamos las mismas cosas que los demás asistentes a la boda. Luego recogimos los regalos y subimos a nuestras habitaciones, la *suite* nupcial del hotel. Todo fue normal, Dan. Nos dormimos, y no desperté hasta que la luz inicial del día entró por las rendijas de la persiana y a través de la cortina del ventanal, abrí los ojos, me volví, miré a Brian, alargué un brazo para tocarle y... —se cubrió el rostro con las manos—. ¡Oh, Dios, es espantoso! Igual que entonces... igual que la primera vez con Neville...

—No sigas —se detuvo Dan, señalando el yate amarrado frente a ellos—. Ese es el *Albatros*, si no me equivoco, ¿no es cierto?

—No, no te equivocas... —miró aprensivamente al hermoso y blanco barco de recreo, y luego Dan, apretando sus dedos con fuerza—. ¿Crees necesario... subir a bordo? No me siento con ganas de ver a nadie...

—Será un momento. Únicamente saludar a todos..., y hacerles alguna pregunta cómo al azar.

—¿Preguntas? ¿Qué preguntas?

—Ya lo verás —sonrió Dan, tirando de ella hacia la pasarela—. Esperemos que Néstor te reconozca antes de que se le ocurra tirarme por la borda...

—No te preocupes. Yo me cuido de eso. Pero no creo que temas demasiado a Néstor. Te deshiciste muy fácilmente de él aquella vez...

Subieron la pasarela. No era Néstor, sino el negrito Frank quien guardaba el acceso al yate. Reconoció inmediatamente a los dos, amplió su sonrisa en el moreno rostro, y se apresuró a avanzar hacia ellos.

—¡Señora! ¡Señor Cameron! Bien venidos a bordo... —saludó—. No les esperábamos por ahora. Como el policía ese que nos visitó ayer dijo que estaba en el hotel, sin recibir visitas... Pensábamos ir todos en cuanto pudiera recibirnos.

—Gracias, Frank —sonrió ella dulcemente—. Mi amigo me ha convencido de que debo dar un paseo al aire libre y distraerme un poco. ¿Cómo están todos?

—Muy bien, señora, ahora mismo les llamaré... ¿Van a tomar algo?

—Un café, Frank —suspiró Shirley—. ¿Y tú, Dan?

—Sí, café también.

Bajaron al camarote-salón, mientras Frank corría a prepararles el café y a avisar al capitán Dekker y al doctor Daniels.

Se acomodaron allí. Dan evocó aquel otro momento en que visitara el yate, dos años atrás, en el puerto de Génova. Era como esas pesadillas que se repiten a veces, y uno visita los mismos lugares que ya conoció antes, en otro sueño inquietante. Sólo que esta vez no era un simple sueño, sino una realidad trágica y siniestra. La reiteración de un epílogo penoso a una macabra noche de bodas...

Momentos más tarde, aparecieron el capitán y el médico en la sala. Se saludaron.

Cameron notó tensión en el ambiente.

—Volvemos a encontrarnos, señor Cameron —comentó Dekker, algo abstraído.

—Sí, capitán. Y en circunstancias muy parecidas...

—Hemos hablado con ese policía, el teniente Gallagher —comentó el doctor Daniels rápidamente—. Estuvo ayer tarde aquí a hacernos unas preguntas.

—Sí, lo sé.

—Dios mío, ya no sé qué pensar de todo esto —el médico miró de soslayo a la joven y recalcitrante viuda—. Me sugirió un posible error en mi diagnóstico de entonces...

—¿Y usted qué le respondió, doctor? —los ojos de Dan permanecían fijos en él.

El médico y marino parecía confuso, aturdido e incómodo por algo. Se encogió de hombros, respondiendo con palabras vagas, casi abstractas:

—No sé —jadeó—. Todo es posible, señor Cameron.

—En concreto, doctor —esta vez era ella, la viuda Kelly quien se dirigía a él con rapidez—, ¿Cree que mi primer marido murió por algo que no era un ataque cardíaco?

—Me gustaría estar seguro, señora.

—Y a mí —aseveró ella rotundamente—. Pero usted es médico.

—Los médicos no somos infalibles.

—¿Admite que pudo fallar?

—Claro —tragó saliva y se enjugó levemente el rostro con un pañuelo—. Pude fallar, sí.

—Y se lo dijo así al teniente, ¿verdad?

—No podía hacer otra cosa en conciencia.

—No le reprocho nada, doctor. Yo también quisiera saber la verdad, por horrible que sea. Todo es mejor que esta angustia, esta incertidumbre.

—¿Se sabe ya algo de la autopsia? —terció el capitán Dekker, que

parecía incómodo con aquella conversación.

—No, nada —negó Cameron con viveza—. Deben estar en ello ahora. No tardaremos en saber algo, capitán. Dígame una cosa: ¿podría alguien introducirse subrepticamente en este yate antes de emprender un viaje?

—¿A qué se refiere? ¿A si pudo haber alguien oculto la noche en que murió el señor Garner?

—Sí, exactamente.

—Es muy dudoso —meneó la cabeza en sentido negativo el capitán —, además, recuerde que la cabina de los señores Garner estaba herméticamente cerrada desde dentro. Nadie puede franquear la entrada desde fuera, porque la señora Garner utilizó el pestillo interior para asegurarla, si no me equivoco.

—Tiene muy buena memoria, capitán —aprobó ella con cierta ironía—. En efecto, aseguré la puerta con pestillo. Nadie hubiese podido entrar allí, Dan.

—No me refería a eso, Shirley, sino a la posibilidad de una maniobra previa al momento de encerraros ambos en el interior.

—¿Qué clase de maniobra, señor Cameron? —puntualizó el capitán Dekker.

—Dar algún veneno al señor Garner, por ejemplo.

—El señor Garner iba muy bebido cuando entró en la cabina —carraspeó el marino—

. Dudo mucho que pudiese tomar nada más.

—Ante mí, al menos, no lo tomó —negó rotundamente Shirley—. Y no creo que me separase de él un momento. Le vi demasiado torpe para dejarle solo por el yate, con la mar agitada que había esa noche, a la hora de acostarnos.

—Creí que la travesía había sido buena —se sorprendió Dan, volviéndose a ella.

—Lo fue a partir de medianoche —recordó el capitán Dekker con premura—. Recuerdo muy bien que se calmó el viento y el oleaje cosa de dos o tres horas después de acostarse los señores Garner. Y ya navegamos en calma hasta el día siguiente.

—Bien —suspiró Dan—. Veo que sigue existiendo la imposibilidad de darle a esa muerte otra explicación que la que usted le dio, doctor Daniels.

—A menos que yo le matara —señaló fríamente Shirley.

—Los tres hombres la miraron con fijeza. El capitán Dekker pareció que iba a decir algo. Dan le miró. Y el veterano marino bajó la cabeza con un extraño pestañeo. El médico resopló, sin decir nada, aferrando el respaldo de una silla con sus dos manos.

Y allá fuera, la voz bronca de Néstor, el sudamericano, llamó de pronto:

—¡Capitán! ¡Capitán! El teniente Gallagher pide permiso para subir a bordo.

—Que pase, Néstor —respondió el capitán, asomándose al pasillo.

Se oyeron pisadas en la pasarela primero, luego en la cubierta, sobre sus cabezas y finalmente descendiendo la estrecha escalera que conducía a los camarotes inferiores del lujoso yate.

Momentos más tarde, el teniente Gallagher aparecía en la puerta del salón, con su aire de hombre apacible y sin nervios. Llevaba una gabardina ligera, empapada de lluvia. Sacudió entre sus manos, distraídamente, un sombrero de gabardina, arrugado y húmedo. Y les miró a todos, como disculpándose.

—Buenos días. Perdonen la nueva molestia.

Sus ojos resbalaron sobre Dan Cameron, para fijarse en Shirley Anderson. Dan notó que la joven se ponía rígida en su asiento. Los verdes ojos brillaban algo opacos, quizá porque la luz diurna que entraba por los ojos de buey del yate era gris y triste.

—Buenos días, teniente —saludó con serenidad la viuda—. ¿Se sabe ya algo de mi segundo esposo?

—Sí, señora —movió afirmativamente la cabeza—. Ya se le hizo la autopsia. Vine por aquí porque imaginé que estarían visitando el yate...

—Sea sincero, teniente —habló Dan con ironía—. Sus hombres no nos perdieron de vista durante toda la mañana.

—Sea como fuere, sabía que estaban aquí —contemporizó el oficial de policía suavemente—. Por eso me aproximé a verles. Deben ser los primeros en conocer los resultados, conforme les prometí.

—¿Y bien, teniente? —rogó ella con serenidad—. ¿Qué ha ocurrido?

Los ojos del policía se clavaron en ella. Parecían tranquilos y suaves, pero Dan Cameron intuyó que ésa era una expresión harto engañosa.

—Lamento informarle, señora Kelly, que el señor Brian Kelly murió víctima de un envenenamiento.

Un silencio pesado se hizo en el camarote. Dekker respiró hondo. El doctor Daniels hizo crujir el respaldo de la silla con nerviosismo, al apretar sus manos. Dan no pestañeó. Shirley se puso en pie de un salto.

—¡Veneno! —jadeó, muy pálida—. Luego era cierto...

—Sí, señora —Gallagher inclinó la cabeza, mirándose muy interesado las punteras de sus zapatos sin brillo—. Era cierto.

—¿Y qué... qué clase de veneno...?

—Uno muy raro. Nada corriente. Un veneno de origen tropical, extraído quizá de algún animal como un reptil o un alacrán. Se está investigando eso. Creo que usted, señora, estuvo largos años en el trópico...

—Era casi una niña entonces —respondió ella roncamente—. Viajaba con mis tíos y una prima, en un espectáculo de circo.

—Y manejaba serpientes, ¿no?

—Pero no eran venenosas, teniente.

—Ya. Me refería sólo al hecho de que puede serle familiar esa clase de veneno, eso era todo.

—¿Cómo pudieron aplicárselo? —terció Dan.

—Eso está probado, señor Cameron. Por vía oral. El muerto ingirió una escasísima dosis de veneno. Es terriblemente activo. Primero produce un rápido sopor profundo. Luego, lentamente, se mezcla con la sangre y paraliza el corazón. Su primer diagnóstico, doctor Daniels, estaba justificado. Sólo la autopsia revela la existencia del tóxico en la sangre, y en este caso también los residuos estomacales.

—Dios mío —susurró amargamente Shirley—, ¿Quién pudo...?

—Eso, señora, yo no puedo saberlo aún —confesó roncamemente el oficial de Homicidios—, Pero un penoso deber me trae ahora aquí. El fiscal del distrito ha llegado a una rápida decisión.

—¿Qué quiere decir?

—Señora Kelly, está usted arrestada bajo la acusación formal de homicidio en la persona de su esposo, Brian Kelly. Podrá permanecer callada, y cuanto diga desde este momento, se podrá utilizar en contra suya. Mi consejo es que llame a un abogado...

Capítulo VII

SPENCER J. Doyle meneó la cabeza con pesimismo.

—Es un feo asunto, Cameron.

—Lo sé —Dan contempló fijamente a su abogado, mientras paseaba por el amplio despacho con nerviosismo—. ¿Crees que te hice venir de Nueva York por simple placer?

—Sabía que era difícil, pero se pone peor por momentos. El fiscal tiene todos los triunfos en su mano. Sacarán a colación el primer suceso, lo que ocurrió en ese yate. Y no va a beneficiar nada a nuestra cliente.

—Ya lo imagino, Spencer. Pero tú eres un buen abogado, de los mejores. No creo que te des por vencido de antemano.

—Sabes que no. Lo que te digo es que no confío demasiado en la defensa que he preparado, porque el fiscal puede romperla en pedazos en cualquier momento. El hecho de que en ambas ocasiones se haya producido la muerte de igual modo, hace terriblemente vulnerable a Shirley Anderson.

—Sólo se la juzga por el segundo fallecimiento, no por el primero.

—Oh, claro, claro —sonrió amargamente Spencer J. Doyle—. Conozco bien la ley, Dan. Pero también sus trucos. Ellos utilizarán astutamente todas las alusiones posibles al primer caso: la puerta cerrada con pestillo, la imposibilidad material de que alguien diese un veneno a Garner durante la noche, puesto que todos tomaron iguales alimentos y bebidas... Saldrá a relucir la fortuna del muerto, su seguro de vida, el de Kelly, los millones que ahora posee ella. Todo, en suma. Podremos protestar cuanto queramos, pero ellos verterán la especie, y el jurado no es sordo, de verdad, Dan, el asunto está mal, muy mal.

—Infiernos, ya lo sé —masculó el joven millonario, volviendo a sus paseos irritados—. El hecho de que sepultaran a Neville en alta mar sin autopsia previa, todavía empeora las cosas.

—¿Tú crees? —dudó el abogado neoyorquino—. Seguramente murió de igual modo que Brian Kelly. Yo no creo en casualidades, Dan.

—No, yo tampoco. Dos envenenamientos durante la noche de bodas. Pero ¿cómo, por qué, quién?

—Eso, no lo sabemos. El jurado será más simple en hacerse a sí mismo esas preguntas y responderlas: «¿Cómo? Cuando se quedaron solos ambos cónyuges.» «¿Por qué? Por dinero, por millones.» Se mata

por mucho menos, Dan. «¿Quién? Naturalmente ella, la viuda.»

—Un veredicto de culpabilidad, significaría la cámara de gas, Spencer.

—Con mucha benevolencia por parte del juez, la prisión de por vida —asintió Doyle—. Pero no adelantemos acontecimientos, Dan, aún tiene que celebrarse la vista.

—¿No has podido determinar, con ese equipo de médicos y toxicólogos *cuándo* pudo ingerir Kelly el veneno?

—Es virtualmente imposible, Dan. Pero aun eso resulta acusador, porque es un veneno activo, que inicia su acción a poco de ser ingerido, provocando la lenta somnolencia de la víctima, para después matarla durante el sueño. Eso señala también a Shirley.

—Maldita sea, nadie es tan tonto como para matar a su marido en la noche de bodas y en el propio lecho, con la habitación herméticamente cerrada.

—Esa es nuestra única defensa por el momento. Demasiado débil, como supondrás...

En ese momento golpearon suavemente en la puerta. Doyle autorizó a entrar a quien llamaba. Uno de los jóvenes pasantes lo hizo, entregándole un papel doblado. Doyle la leyó con rapidez. Su rostro se ensombreció. Miró al pasante.

—Bien, gracias. Puede irse —una vez solos los dos, miró a su vez a Dan Cameron, que le contemplaba pensativo—. Malas noticias, Dan. Las peores, diría yo.

—Cielos, ¿también eso? —se inquietó el joven—. ¿Qué sucede?

—Me han infiltrado una información de la oficina del fiscal. En los interrogatorios, el capitán Dekker se ha convertido en el peor testigo de cargo.

—¿Qué quieres decir?

—Ha confesado que ocultó todo este tiempo algo, por miedo a causarle problemas a Shirley Anderson, que le pareció una mujer honesta y sincera. Pero ahora, a la vista de las circunstancias, quiere descargar su conciencia y revelar lo que ocultó tan celosamente.

—¿Qué es ello, Spencer? —se alarmó Dan.

—La noche en que murió Neville Garner, éste, pese a su embriaguez, le dijo algo en voz baja al capitán, momentos antes de retirarse con su esposa a la cámara nupcial del yate.

—Termina de una vez. ¿Qué le dijo?

—Que tenía miedo. Que se encontraba mal, y le dolía mucho el estómago, con calambres intermitentes.

—Pero eso... eso quiere decir que fue envenenado *antes* de entrar en la cámara con su mujer.

—Dan, el capitán Dekker añade que eso se lo dijo ya en la puerta de

la cámara, mientras ella le esperaba. Y habían estado a solas los dos durante varios minutos...

Cameron apretó los labios. Sus ojos brillaron, agresivos.

—Podía ser efecto de la bebida. Estaba algo ebrio —recordó.

—Sí, pero desgraciadamente, todos los toxicólogos coinciden en afirmar que ese veneno tropical, destilado del veneno de una serpiente altamente mortífera, produce justamente dolor de estómago con calambres intermitentes cuando *empieza* a surtir efecto.

Dan Cameron, muy pálido, se dejó caer en un asiento, sin saber qué decir, ambos permanecieron en silencio largo rato, al fin, el joven sacudió la cabeza.

—Pese a todo, Spencer, yo estoy seguro de que ella es inocente —jadeó—. Lo sé.

—Yo también debo creerlo, como abogado que soy —murmuró Doyle—. Pero ¿lo creará el jurado, Dan?

* * *

—Hace ya dos horas que el jurado se retiró a deliberar, Dan.

Cameron miró tristemente a Jenny Garret por encima de su taza de café, en la mesa de la cafetería cercana a la sala de justicia donde se veía la vista del proceso Anderson, asintió despacio.

—Sí —dijo—. Deben estar discutiéndolo mucho.

La joven reportera de TV entornó los ojos pensativa, apoyando una mano distraída en su cámara, que no podía introducir a la sala, por no estar autorizado legalmente.

—Menos mal —murmuró—. Yo creí que iban a ser mucho más rápidos, después del brillante discurso del fiscal.

—Yo también —confirmó Dan roncamente—. La declaración del capitán Dekker y del doctor Daniels no la han beneficiado gran cosa.

—Yo diría que sonaban sus palabras como paladas de tierra sobre un ataúd.

—Por Dios, Jenny, qué macabra estás —se estremeció Dan.

—Querido Dan, ¿es que tú lo veías con optimismo?

—No, claro que no. Pero existen dudas razonables...

—El jurado parecía poco favorable a Shirley desde que empezó el fiscal a acumular evidencias. Ha sido un mal rato para todos. Pero, Dan, si ella no es culpable como tú crees, ¿quién pudo envenenar a los dos hombres?

—Jenny, recuerda que aquí sólo se habla de *un* envenenamiento: el de Brian Kelly.

—Ya sé, ya sé. Pero lo cierto es que el fiscal presentó muy

astutamente el caso, como de doble envenenamiento, sin decirlo de forma textual.

—Sí, es un acusador eficiente.

—Doyle tampoco es manco. Logró hacer dudar al jurado cuando les preguntó si cualquiera de ellos, interesado en deshacerse de su cónyuge por dinero, lo haría con tan poca inteligencia y sentido, tras demostrar tanta astucia en elegir un veneno tan difícil y complejo, y provocar una muerte accidental tan inteligentemente. Sobre todo, las tres mujeres que forman parte del jurado se miraron entre sí muy significativamente.

—Si eso sirviera de algo... —suspiró Dan Cameron amargamente.

—Voy a acabar creyendo que estás enamorado de ella, Dan —señaló Jenny con cierta ironía, enarcando las cejas.

—No, no. Sólo somos amigos, como tú y yo.

—¿También ella te propuso ir a la cama? —preguntó Jenny con cinismo.

—Creo que no —aun a su pesar, Dan sonrió—. Pero eso no cambia las cosas.

—Vaya si las cambia, a mí me gustan. No quiero que seas mi amigo, sino mi amante. Eres tú quien no quiere...

—No tienes remedio, Jenny —rió suavemente Dan moviendo la cabeza—. Creo que serías la misma incluso al pie del patíbulo.

—Vaya, hombre, ahora eres tú el macabro, ¿no? —se estremeció Jenny aprensiva—. No trae suerte hablar de esas cosas en estos momentos. Creo que...

En ese momento sonó un timbre prolongado, ambos pegaron un salto.

—¡El jurado regresa de deliberar! —exclamó Jenny, excitada—. ¡Vamos, Dan!

Entregó su cámara al encargado de la cafetería y corrió con Cameron hacia la sala del tribunal. Todos los asistentes a la vista corrían también por los pasillos. Una nube de reporteros esperaba, como una bandada de cuervos, el final del drama.

Dan Cameron escudriñó a los doce componentes del jurado, cuando se acomodó en su asiento y el juez hizo su entrada en la sala, de soslayo, contempló dolorosamente a Shirley, vestida de gris discretamente, pálida pero serena, escoltada por las dos matronas de la policía. Un silencio impresionante se hizo en la sala.

—¿Han deliberado, señores del jurado? —preguntó el juez con el formulismo habitual.

El portavoz se puso en pie, solemne, asintió:

—Sí, Señoría.

—¿Han llegado a una conclusión unánime?

—Sí, Señoría.

—Bien. Hagan público su veredicto. ¿Consideran a la acusada, Shirley Cameron, de casada Shirley Garner y Shirley Kelly respectivamente, inocente o culpable del crimen que se le imputa?

Un silencio tenso, profundo, electrizante, que casi hacía daño. Luego, los labios del portavoz del jurado se movieron brevemente. La palabra retumbó en la sala silenciosa, como un trallazo:

—Inocente, Señoría.

Capítulo VIII

—**I**NOCENTE... Dios mío, ha sido como un milagro.

—No hubo tal milagro, Shirley —negó Dan Cameron—. Doyle, tu abogado, hizo lo único posible en este asunto: sembrar la duda en el jurado, presentarte como una auténtica estúpida que, sin embargo, obraba con demasiada inteligencia como para cometer el tremendo error de acusarse a sí misma con tan burdo procedimiento. El jurado picó el anzuelo, no encontró evidencias suficientes, y consideró en la duda que debía dar un veredicto de no culpabilidad.

—Lo sé, lo sé. Doyle es un abogado genial. Pero resultaba tan difícil imaginar algo así, Dan... —le miró con profunda ternura—. ¿Cómo agradecer cuanto has hecho por mí?

—Vamos, vamos —sonrió Cameron—. Somos amigos, ¿no? Si un día me acusan a mí de matar a alguien, espero que me proporcionen un buen abogado, y estaremos en paz, Shirley.

—Oh, Dan, nunca te tomas nada en serio —se lamentó la joven actriz.

—Te equivocas. Lo tuyo me lo tomé muy en serio —aferró una mano de ella entre las suyas, y la oprimió calurosamente—. Shirley, yo nunca dudé de tu inocencia.

—Dan... —ella tembló, agradecida—. Los demás son diferentes. Han aceptado el veredicto, pero no lo comparten.

Hay críticos que insinúan cosas horribles. La gente me mira acusadoramente. Y recuerda los insultos si salir del tribunal...

—Tonterías. Las masas se mueven según la corriente. Los periodistas habían creado de ti una imagen culpable, porque les convenía para vender sus miserables periódicos. La radio y la televisión, con excepción de Jenny Garrett y alguno más, fueron despiadados contigo. Se había creado un estado de opinión, eso es todo. Pronto se olvidará todo, Shirley. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Irme lejos y descansar un tiempo. Tal vez vaya a Europa o ruede una película que Colfax quiere iniciar dentro de cinco meses en Hong Kong, ya veremos. Cualquier cosa que sea, lejos de Estados Unidos. Necesito olvidar, rehacer mi vida, Dan.

—Lo comprendo —la apretó con fuerza la mano—. Lo comprendo muy bien, querida.

Y ambos jóvenes se miraron a los ojos con profundo afecto y emoción. Por un instante, los labios carnosos de Shirley temblaron. Dan notó un hormigueo en su espina dorsal y empezó a inclinarse sobre ella.

En ese momento, apareció en la sala Alexander Colfax, con una amplia sonrisa, acudiendo a besar la mano de Shirley, y el hechizo se quebró. Tal vez de no mediar Colfax en ese momento, las cosas hubieran seguido un sesgo distinto. Pero el productor cinematográfico interrumpió un instante álgido que, tal vez, ya nunca se produciría.

—Mi querida Shirley, he oído decir que te vas al extranjero por un tiempo... —comenzó Colfax, con tono preocupado.

—Sí, Alex, a cualquier sitio donde vivir al margen de todo esto por un tiempo...

—Shirley, podrías hacer eso. Pero también podrías trabajar en Hong Kong, en mi próxima película, aprovechando tu ausencia.

—No sé, no me he decidido aún...

—Pues debes tomar una decisión, de otro modo, tendría que contratar a otra, y sabes que nadie haría el papel como tú. Se trata de una película espectacular, de amor y de intriga, que...

—Bien, yo les dejo discutiendo cuestiones profesionales —terció Dan—. Hasta pronto, Shirley. Ya me dirá cuándo te marchas, para ir a despedirte. Yo también debo volver a Nueva York. He hablado con Britton, y está inconsolablemente aburrido...

Salió del lujoso *bungalow* que tenía ahora Shirley en Bel Air. La dejó con Alexander Colfax, su productor y secreto enamorado. Meneó la cabeza, subiendo a su coche deportivo.

—Creo que ha nacido para ser siempre actriz —dijo para sí Dan—. Ese es su mundo...

Se alejó de allí a buena marcha. Iba profundamente pensativo. Preocupado por algo. Tal vez por algo que había sentido momentos antes, frente a Shirley, y—que nunca antes había notado.

Tal vez por ello, cuando supo, siete meses más tarde, que Shirley Anderson y su productor exclusivo, Alexander Colfax, iban a casarse en Hong Kong, se sintió profundamente deprimido y defraudado.

—Britton, llama a la estación de televisión CBA —pidió a su mayordomo—. Quiero salir a tomar unas copas con Jenny Garrett cuando tenga una noche libre...

—Sí, señor —dijo, impávido, Selwyn Britton, mirando a su vez a su patrón con aire de cierto reproche, aunque sin comentar nada.

* * *

—Dan, estás desconocido, amor...

—Tú me lo pediste, ¿no?

—Sí, querido, pero... pero nunca esperé, la verdad, que aceptaras mis proposiciones deshonestas... —suspiró Jenny, sintiendo contra su cuerpo la firmeza de los músculos de Dan Cameron, en tanto las manos de él recorrían en la penumbra, dentro del coche, sus pechos turgentes y sus nalgas bien torneadas.

—Hiciste mal. Se despertó mi libido de repente..., y aquí tienes el resultado.

—Oh, Dan, cariño, ¿por qué no se te despertó antes? —susurró ella, entornando sus ojos en éxtasis cuando notó que él se abría paso entre sus muslos sinuosamente—. Me estás... volviendo loca...

Y su boca se aplastó a la de él, enroscó su lengua a la del joven millonario, y su cuerpo cedió, entregándose sumiso a las caricias del hombre que encendían su sangre joven e hirviente. Cuando él deslizó sus labios cuello abajo, en busca de sus senos plenos y enhiestos, tembló de pies a cabeza, arqueándose dócilmente bajo la presión masculina.

En la sombra, dos formas humanas se fundieron en una sola, y los gemidos de gozo de Jenny Garrett se mezclaron a los roncros jadeos de su pareja, mientras una misma corriente de alto voltaje parecía sacudir sus formas, prietamente enlazadas.

* * *

—Dan, eres un verdadero tigre... —susurró dulcemente, tendida en un lecho revuelto, desnudo el cuerpo, estiradas las piernas y apuntando hacia el techo de la habitación lujosa sus erectos pezones rosados—. Primero el coche, luego aquí, en esta residencia tuya... Toda una noche de amor apasionado...

—Lamentaría haber quedado mal contigo —sonrió Dan, fumando pensativo un cigarrillo, sentado en la cama.

—¿Mal dices? —ella abrió mucho los ojos, le guiñó uno y humedeció maliciosamente sus carnosos labios con la punta de la lengua—. Cielos, si eres inagotable... Me has vuelto loca, te lo confieso.

—Y tú a mí, Jenny.

—Me gustas, me enloqueces, Dan, ahora, más que nunca —deslizó sus dedos suaves sobre el torso musculoso de Cameron, y los deslizó luego malévolamente hacia sus muslos, acariciando la piel de Dan hasta provocarle un escalofrío—. Pero tú sólo buscas olvidar...

—Olvidar ¿qué? —se sorprendió él, mirándola.

—Vamos, vamos, amor —rió Jenny, inclinándose sobre él y besando su pecho, pasando por él a golpecitos su rosada lengua traviesa—. ¿Crees que no sé lo que pasa por ti esta noche? Has oído la televisión, tal vez la radio...

—No sé a qué te refieres...

—Mi querido embustero, eres mejor haciendo el amor que mintiendo —la boquita ávida de Jenny llegaba ya a su estómago—. ¿Crees que no sé lo que estás pensando y por qué, de repente, aceptaste una noche de amor con Jenny Garrett? No quieres pensar en otra mujer.

—Jenny...

—Vamos, calla, calla —le cortó ella con voz ronroneante, besando ahora su abdomen—. Dan, no te pido explicaciones. Desde el principio supe por qué me llamaba tu estirado Selwyn al Estudio, y por qué te mostrabas tan afectuoso conmigo... Es ella, ¿verdad? Es Shirley..., y su nueva boda.

—Calla, no hables tonterías —la interrumpió él secamente.

—Dan, amor mío, no te pido explicaciones ni soy celosa —rió ella, ya con su cabeza pelirroja casi entre sus muslos—. Sólo te quiero a ti esta noche..., aunque pienses en otra cuando me poseas, cuando seas feliz conmigo... Me gustas, te lo dije siempre... Me gustas y quiero gozar de ti, como tú de mí. No soy una romántica ni una soñadora. Sólo una mujer sin complejos, Dan, compréndelo. Olvida a tu amada Shirley, o piensa en ella mientras gozas conmigo, no me importa. ¡Pero dame tu vida, si es preciso, porque me vuelves loca, cielo!

Y Dan Cameron aferró aquellos rizos rojos, con un sobresalto delicioso, cuando la boca voraz de su amante hizo presa entre sus muslos, en una nueva y estremecedora variación amorosa.

La habitación de la propiedad de Dan Cameron, se llenó otra vez de quejidos y jadeos mientras los cuerpos desnudos se agitaban en el lecho...

* * *

En esta ocasión, Dan Cameron no acudió a Hong Kong para asistir a la boda de Shirley Anderson con su productor, el ya maduro Colfax, que al fin alcanzaba su sueño dorado de ser el esposo de la mujer amada. Y, de paso, corría el nada despreciable riesgo de ser la tercera víctima de aquella maldición que convertía a los maridos de Shirley, en su noche de bodas, en «víctimas muertas por persona o personas desconocidas», según el formulismo legal aplicado al caso Kelly y, tal vez, al nunca probado caso Garner.

Se limitó a darle a Selwyn un texto telegráfico para que lo remitiese a Hong Kong, a nombre de Shirley Anderson, deseándole feliz boda y futuro dichoso, y él se marchó a un viaje prolongado por Oriente Medio.

A su regreso, dos meses más tarde, supo la noticia.

Alexander Colfax, marido de Shirley, había muerto repentinamente en su noche de bodas, a bordo del avión Hong Kong-Tokio-Nueva York, en la cabina de literas del Jumbo, víctima de un ataque cardíaco al

parecer.

Hecha la autopsia a la víctima, había resultado ser un envenenamiento por medio de un activísimo veneno de origen tropical, a base de tóxico de reptil, tratado químicamente.

Pero esta vez, nadie acusó oficialmente a Shirley Anderson, porque ella misma había sido víctima del envenenamiento, siendo internada en gravísimo estado en una clínica de Tokio.

Y allí permanecía ahora, en una larga cura de reposo, tras una parálisis parcial de la que afortunadamente, según los médicos japoneses, se iba recuperando.

Esta vez, sí.

Dan Cameron tomó el primer vuelo hacia Tokio, llevando a Selwyn Britton, pese al gesto compungido de éste.

Capítulo IX

MÁS allá de Karakuen Gardens, al Oeste de la capital, encontró Dan Cameron la lujosa clínica donde Shirley se hallaba internada.

Un ceremonioso médico japonés, el doctor Hakata, le recibió previamente, informándole mientras caminaban por unas soleadas galerías encristaladas, camino del alojamiento destinado a la paciente americana:

—Ahora ya pasó todo lo peor, señor Cameron. Cuando llegó aquí, ignorábamos si podíamos salvar su vida. Y cuando mejoró lo suficiente, seguimos dudando de que pudiese volver a ser una persona normal, saliendo de la silla de ruedas a que la obligaría el estado de parálisis de su lado izquierdo, apenas hablaba, y permanecía callada y absorta durante horas enteras.

—¿Y ahora, doctor...? —indagó ávidamente Cameron.

—Ahora, por fortuna, todo eso pasó —suspiró el doctor Hakata afablemente—. Tiene una gran naturaleza, y su organismo reacciona admirablemente a los tóxicos. Mi opinión personal es que en alguna ocasión, ella fue inmune a cierta clase de venenos, por la razón que sea, de otro modo, hubiera muerto junto a su esposo irremediablemente.

—¿Fue fuerte la dosis que ingirió de veneno?

—Ese veneno, señor Cameron, desgraciadamente, no necesita de fuertes dosis —sonrió el japonés con su redondo rostro, todo cordialidad y cortesía—. Bastan unas fracciones de miligramo para matar. Ya digo que es su capacidad de resistencia la que la salvó. Y, además, va recuperándose de la parálisis parcial que, por fortuna, sólo era accidental, y no definitiva, porque afectaba a centros nerviosos que ella misma ha recuperado a base de tesón y paciencia, ayudada por nuestro cuerpo de psiquiatras.

—¿De modo que está fuera de peligro?

—No sólo eso, señor Cameron. Está a punto de ser dada de alta. Posiblemente la próxima semana pueda salir ya de este establecimiento totalmente recuperada. No se alarme si la ve aún en silla de ruedas. Es una simple precaución, para que no se fatigue en exceso, tras su tabla diaria de ejercicios físicos y psíquicos.

—Gracias por todo, doctor. No sabe cómo me han tranquilizado sus palabras...

—Lo celebro —el rostro del japonés reveló ahora una risueña malicia—. Estoy seguro de que su presencia también va a tranquilizar mucho a nuestra paciente.

—¿Por qué lo supone?

—No he dejado de nombrarle en todo este tiempo. Es el único nombre que la hemos oído pronunciar, se lo aseguro.

Dan dominó una extraña sensación de euforia y de emocionado júbilo ante el anuncio del médico japonés.

Luego, cuando éste abrió una puerta, tras llamar a ella discretamente y responder una suave voz femenina que podía pasar, Dan sintió que su corazón golpeaba con fuerza en el pecho, como si fuese un colegial al encuentro de su primera novia.

Entró en la estancia, soleada pero provista de persianas graduables que tamizaban la clara luz que venía del exterior. Una figura sentada en una silla de ruedas, se irguió, haciendo girar su asiento para volverse hacia la entrada.

—¿Quién es? —preguntó él—. Soy yo, Dan.

—¡Dan!

Fue un grito agudo, vibrante, emocionado. La silla rodó veloz. Una tira de luz dorada atravesó en diagonal el pálido y hermoso rostro, bajo los cabellos rubios. Los verdes ojos brillaban emocionados.

—Shirley, querida...

—Oh, Dan, Dan... ¡Qué alegría verte! —Y le alargó los brazos, como implorante.

Dan se dejó caer ante ella y la rodeó con sus propios brazos. Sin esperar a más, por primera vez en su vida desde que conocía a Shirley Anderson, su boca buscó la de ella. Se encontraron. Y descubrió una respuesta apasionada, trémula, en la forma de aplastarse en los suyos los gordezuelos labios de ella...

Esta vez no notó escalofrío alguno, sino una serie de tumultuosas emociones que parecían ahogarle. El beso duró largo tiempo, al separarse, ella lloraba en silencio. Había lágrimas en sus mejillas. Temblaban sus labios.

—Dan... —gimió—. Dan, esta vez sí me di cuenta..., al verme sola aquí, tan cerca de la muerte... supe que todo habían sido simples espejismos, que nunca amé a nadie... Neville, Brian, Alex... Todos simples errores... Confundía la gratitud, el afecto o la simpatía con el amor... Pero tú, Dan..., tú... es distinto. Eres diferente, Dan, mi vida... Y tú... tú también... me... me...

—Sí, Shirley. También te quiero. Lo supe cuándo te casabas con Alexander Colfax. Lo advertí en ese preciso momento...

—¿Por qué no fuiste a Hong Kong, a advertirme? No me hubiera casado...

—Pero tal vez nunca hubieras descubierto la verdad. No hubieras sabido que los demás eran simples accidentes, espejismos, como tú dices... como Colfax mismo sabía que eran.

—Colfax... —ella tembló, sus ojos volvieron a ser los angustiados que él veía durante el procesamiento en Los Angeles, añadió roncamente —: Colfax... también ha muerto. Y yo misma pude morir con él... Otra vez ese maldito veneno. Y otra vez en la noche de bodas, Dan... ¿Por qué, Dios mío, por qué?

—No lo sé. Pero vamos a descubrirlo, de una vez por todas.

—Pero ¿cómo, Dan? ¿Cómo? Nadie puede descubrir nunca nada. Ni médicos, ni policías...

—Yo lo descubriré, Shirley.

—¿Tú? ¿Cómo, Dan?

La miró, apretó sus manos con calor, con energía.

Y le dijo lo que había planeado durante su viaje a Tokio:

—Casándonos en cuanto salgas de aquí, Shirley. Casándonos tú y yo.

* * *

—Dan, tengo miedo...

—¿Por qué?

—Dan, otra boda... La cuarta ya.

—Lo sé. Pero los otros tres no cuentan. Tú lo has dicho.

—Claro, cariño mío. No me refería a eso. Hablo de... del veneno, de la muerte. Mis noches de boda son trágicas, macabras. La muerte está conmigo y con mi esposo en la cámara nupcial, tú lo sabes...

—¿Y qué?

—También puede estar presente esta noche, la nuestra...

—Bien. Que esté. La estaremos esperando, Shirley. Harás todo tal y como lo hiciste siempre, cada noche de tus bodas. No alterarás ninguna costumbre, ningún movimiento, por mínimo que sea. Yo estaré contigo. Quizá no resulte una noche de bodas demasiado apasionada ni tierna. Pero tendrá que ser así.

—Como una prueba, ¿no? —murmuró ella tristemente—. Una reconstrucción de los hechos, ¿no lo llaman así?

—En efecto, así lo llaman, Shirley.

—¿Crees que puede resultar?

—No lo sé. Vamos a intentarlo. Estoy seguro de que ha de haber algo... o alguien, que encuentra el modo de llegar hasta ti y hasta tu cónyuge. No sé cómo, pero es así, y quiero descubrirlo.

—Dan, es mucho riesgo. Podríamos vivir juntos, ser amantes... sin boda, sin ceremonia, sin esa horrible noche de esponsales que siempre

se convierte en velada de muerte...

—No, no. Ha de ser así, de una vez por todas, y definitivamente, has de quedar libre de toda sospecha, liberada de esa maldición.

—¿Y si realmente fuese una maldición? Ni tú ni yo escaparíamos a ella, hicieras lo que hicieras, Dan...

—Yo sé que esa maldición tiene forzosamente nombre de persona, alguien desea que tu pareja muera la noche de bodas. Veremos quién y de qué modo se las arregla...

—¿Y si falla todo?

—Heredarás otra fortuna —rió Dan—. Ya hice testamento. Dejo un legado a mi fiel Selwyn. Y el resto para ti...

—No digas cosas espantosas, Dan. Yo no poseo ya más dinero que el ganado con mi carrera. Renuncié a mi fortuna. Es decir, al dinero de Neville, al seguro de Kelly, a los millones de Colfax...

—¿Qué hiciste con ellos?

—Donarlos para una fundación benéfica a nombre de Neville Garner. Es lo menos que le debo. Y me libero de ese maldito sortilegio...

—Bien, si ha sido tu decisión..., de todos modos, hay quien nace predestinado para algo. Si sobrevivimos, serás la señora Cameron, una millonaria. Si no sobrevivo... serás la viuda Cameron, igualmente rica.

—Dan, me da más miedo cada vez que se acerca el momento. No deberíamos casarnos...

—Nos casaremos como está decidido —cortó Dan, resuelto—. La boda será en Nueva York, como la primera. Y del mismo modo, nuestra noche de bodas será a bordo del yate *Albatros*. Está decidido, Shirley.

Capítulo X

FUE todo un acontecimiento.

La boda con Neville Garner, con Brian Kelly o con Alexander Colfax, quedó pálida al lado de aquella ceremonia espectacular y multitudinaria en pleno centro de Nueva York. Uno de los hombres más ricos y codiciados de la buena sociedad americana, se casaba con la mujer que enviudara tres veces y fuera procesada por asesinato, saliendo absuelta.

Los rumores eran para todos los gustos. La afluencia de curiosos, prensa y medios informativos visuales y auditivos, realmente masiva. La feliz pareja nunca había parecido más feliz que esta vez, al salir del templo.

Shirley Anderson había anunciado ya su retirada definitiva del cine, así como su renuncia a sus fortunas amasadas con las muertes de sus anteriores esposos. Una corriente de simpatía, tras su larga convalecencia en Japón, se había formado de nuevo a favor de Shirley.

—Dan, os felicito —fueron las palabras de Jenny Garrett—. Me hubiera gustado ser yo la novia, pero sólo os puedo desear, ya que no es así, feliz y larga vida juntos...

Y se alejó, evidentemente emocionada, con lágrimas en los ojos. Fue la primera vez que no bromeó. Dan Cameron la vio partir del templo, antes de que ellos dos tomaran su automóvil, con rumbo al puerto donde aguardaba el *Albatros* para una vuelta alrededor del mundo, el viaje de luna de miel, que sería el último que haría Shirley con aquel yate, ya que había resuelto donarlo también como el resto de sus bienes heredados.

En aquella última singladura, Dan Cameron era el novio que desafiaba la macabra maldición de las bodas de Shirley Anderson. Su desenlace, estaba aún por ver...

La cena a bordo, con el capitán Dekker y el doctor Daniels, tuvo mucho de tensa, pese a los esfuerzos del jovial millonario para animar el ambiente. En realidad, todos parecían estar pensando lo mismo, incluido el sonriente negrito Frank o el huraño sudamericano Néstor.

¿Qué iba a suceder esa noche? ¿Sería Dan Cameron el cuarto esposo muerto por envenenamiento en su lecho nupcial?

La respuesta estaba ya tan cercana, que cuando Dan se levantó serenamente de la mesa, invitando a Shirley a acompañarle, tras los

postres y la copa de champaña, la tensión de los presentes parecía al límite, y el aire se había hecho en el comedor del yate tremendamente denso.

—Bien, señora y señor Cameron... —murmuró Dekker, con voz ronca—. Feliz noche de bodas..., y feliz viaje.

—Gracias, capitán —sonrió Dan, tranquilo.

—Igual digo —la voz del doctor Daniels tampoco resultó muy firme—. Dios mío, que todo salga bien...

Shirley sonrió a su vez, también aparentemente serena, aunque estaba pálida y se le notaba la tensión interna que estaba viviendo en esos cruciales momentos.

Ellos salieron del comedor. Caminaron corredor adelante. Llegaron ante la puerta de su cabina. Dan la hizo entrar. El la siguió. Cerró con pestillo y el giro normal de la cerradura de golpe. Se quedaron solos. Se miraron.

—Dan... —susurró Shirley, apoyándose en un mueble, temblorosa.

—Calma, querida —la serenó con firmeza—, ahora empieza la gran prueba.

—Lo sé. Estoy tan asustada...

—Ya ves que estamos solos —miró en torno, pensativo—. Ni un lugar donde pueda ocultarse nadie, querida, absolutamente nada.

Abrió un armario empotrado. Difícilmente hubiera cabido nadie allí. Pero tampoco lo había. Probó la puerta y el pestillo. Eran seguros, fuertes. Fue al ojo de buey. Estaba asegurado con doble cierre hermético. Ni el agua ni un intruso podrían pasar por él. Corrió la cortinilla.

—Empieza —dijo serenamente.

—¿Qué?

—Vamos, empieza. Desvístete, haz todo lo que hiciste siempre, en las tres ocasiones, querida.

—Sí... —murmuró como sonámbula. Fue al tocador. Sobre éste se alineaban regalos de boda, mezclados con los tarros y cremas de maquillaje de Shirley—. Dan, ¿y tú?

—Yo me mantendré como espectador solamente —suspiró él—. Eres tú quien me interesa observar paso a paso, desde el primer momento.

Sin comentar nada, Shirley comenzó a desmaquillarse ante el espejo, abrió un tarro de crema y se quitó todo rastro de maquillaje, incluido el *rouge* labial. Dan la observó en silencio, sentado en la litera.

Afuera, sólo se percibía el rumor del agua, golpeando los costados del yate. Él se sentía bien. Lo que cenó y bebió había sido cuidadosamente paladeado antes. Un médico amigo le había inyectado un antídoto que podía resultar o no, según la dosis que recibiera de veneno.

Shirley continuaba su tarea. Se desnudó. Dan contuvo el aliento. Le costó trabajo mantenerse sereno, seguro de sí. Desnuda, Shirley era una estatua dorada, hermosa y sensual. Un cuerpo escultural, de pechos magníficos, muslos plenos, nalgas redondas, caderas ondulantes, breve cintura...

Se puso luego un corto camisón, sonriendo coquetonamente a Dan a través del espejo. Cameron respiró hondo, y se tendió en la litera, sin quitar sus ojos de ella. La vio tomar algo de entre los objetos de regalo. Una pequeña barra dorada, que abrió, llevándosela a sus labios. Recorrió con su contenido la superficie labial.

—¿Qué haces? —preguntó, curioso.

—Es un protector de labios. Lo utilizo hace tiempo después del rodaje. Quita muy bien el *rouge* y evita que la piel se reseque o agriete.

—El estuche es muy bonito.

—Es oro puro.

—¿Oro?

—Sí. Siempre es de oro.

—¿Qué quieres decir con eso de que «siempre es de oro»? —curioseó Dan.

—Que entre todos los regalos de boda, siempre me envían una barra de este producto. Nunca lo encontré ni en las mejores perfumerías. Creo que es oriental o algo así. Es un obsequio sencillo pero digno de agradecer, no sólo por el estuche de oro, de los que ya poseo cuatro como éste... Evidentemente, es una persona que resulta constante en el regalo elegido, ¿no es cierto?

—Sí —Dan frunció el ceño—. ¿Quién lo envía?

—No sé. Nunca me preocupo de leer tanta tarjeta cómo va con los obsequios de boda, Dan. Y menos en una noche así... —se estremeció, parpadeando—. Luego, ocurrió lo que ocurrió en todas las ocasiones..., y todavía pensé menos en mirar las tarjetas antes de tirarlas... Dan, ¿no puedes siquiera darme un beso ahora?

—Claro, querida. Eso supongo que lo harías siempre con tus esposos...

—Sí. Pero ten cuidado —sonrió maliciosa—. Cuando yo beso, difícilmente puede apartarse de mí el hombre que es mi marido...

—Procuraré dominarme —prometió Dan, acercándose a ella.

Se abrazaron. Notó la presión de los duros senos contra su torso. Los muslos desnudos se adherían a los suyos, transmitiéndoles su terso calor. La boca femenina se pegó a la suya. Mordió ella sus labios. Y él los de ella...

Un escalofrío intenso recorrió su cuerpo. Shirley profundizó en su beso, hurgó con su lengua la cavidad bucal de su marido, espoleada por el amor y el deseo... El escalofrío se hizo más profundo. Dan notó una

dulce embriaguez...

Rápidamente, se echó atrás, abofeteó secamente el rostro de Shirley. Y se pasó por la boca un pañuelo de papel rápidamente, restregando sus labios. Ella, dolida, le miró con ojos llorosos.

—¡Dan! —gimió—. Dan, ¿por qué eres tan cruel?

—Shirley... —dijo roncamente, con ojos centelleantes—. Shirley, no me toques, no me beses... ¡Quítate «ahora mismo» ese producto de los labios! ¡No lo roces siquiera con tu lengua!

—Pero... pero ¿qué dices, Dan?

—¡Ese... ese es *el veneno* que estábamos buscando! ¡Y estaba en «tu» propia boca!

—Dan, no es posible... —tembló ella, repentinamente lívida, llevándose los dedos a la boca.

—Sí, lo es, ahora recuerdo. El escalofrío a veces, cuando te besaba... No, no era la emoción varonil por un beso de mujer hermosa, como yo pensaba. Porque en Tokio, al visitarte, te besé, sabiendo ya que te amaba locamente, y no sentí ese escalofrío en ningún momento...

—Pero, Dan, ¿qué significa esto?

—Significa que hay que saber *quién* te envió ese producto con su bonita barra de oro. Y tendremos el nombre del asesino de Neville Garner, de Brian Kelly, de Alexander Colfax..., y a punto estuvo de ser también *mi propio asesino*. Y quizá el tuyo, si la dosis de veneno, como sospecho, fue en aumento paulatinamente, dentro de ese producto químico...

Shirley había comprendido al fin. Buscó, frenética, entre las tarjetas, hasta hallar un sobre pequeño, todavía sin abrir, con un cordoncito dorado.

—Este es —musitó ella—. Lo recuerdo bien. El cordón dorado iba sujeto siempre al tubo de oro...

Dan lo tomó con rapidez, terminando de limpiar sus labios nerviosamente, abrió el pequeño sobre, extrajo una tarjeta.

Leyó su texto:

«Que seas muy feliz, Shirley Anderson. Mi modesto obsequio, con afecto.»

Y luego, la firma, abajo. La leyó en voz alta, con tono quebrado, ronco: —JENNY GARRETT —dijo.

Shirley Anderson reveló su horror. Miró a Dan, temblorosa.

—Pero... ¿por qué, Dan? ¿POR QUE?

Capítulo XI

—¿POR qué? Era tan sencillo..., y tan difícil a la vez...

Dan Cameron y Shirley Cameron estaban ante el capitán de policía de Nueva York, Barnaby Wallace, el teniente Gallagher, de la policía de Los Angeles, el capitán Dekker y el doctor Daniels.

Era el capitán Wallace quien hablaba, con voz pausada y grave, sin dejar de pasear por su despacho del Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York.

—Esa muchacha, Jenny Garrett... es la prima de Shirley Anderson. Lo ha confesado al fin en el interrogatorio, al verse cercada sin remedio —suspiró el policía—. La hija de Ben y Ruth Anderson, tíos suyos, señora Cameron, que la explotaron desde niña, lo mismo que a su propia hija, viajando con un espectáculo, mitad circo, mitad teatrillo. Estuvieron muchos años en ciertas regiones centroamericanas donde llevaban un número de serpientes. Sus tíos decían que no eran venenosas, pero lo eran.

—Recuerdo que me mordieron a veces..., y nada me ocurrió —comentó Shirley, sorprendida.

—Sus tíos sabían el riesgo que corrían, e inmunizaron a todos con una inyección que era justamente la vacuna contra ese veneno. Ello las tuvo inmunizadas también a usted y a su prima Jenny, que luego se convertiría, en Nueva York, en Jenny Garrett, la comentarista de televisión. Usted ya no podía reconocerla, tras los años transcurridos, y con su pelo oscuro teñido de pelirrojo. Pero ella sí sabía bien quién era usted y su parentesco real. Ello la impulsó a una idea demoníaca y sumamente complicada. Jenny Anderson ha sido siempre, sin duda, una chica complicada y sinuosa en sus ideas, así, planeó hacerla a usted inmensamente rica a base de matar a sus esposos, sabiendo que el veneno de esos reptiles no la harían efecto a usted por su vieja inmunidad. Y tuvo la idea de enviarle ese producto para los labios, que un amigo suyo químico hacía para ella.

—Qué espantosa, idea...

—Así, una vez convertida usted en mujer rica, pensaba matarla, si es que la justicia no la enviaba a la muerte antes, y aparecer, mostrándose como quien realmente era, y reclamando la herencia que por ley le correspondía. Era un crimen casi perfecto: un simple regalo, con la

muerte dentro. Usted, al besar largamente a sus esposos, iba inoculándoles, sin saberlo, la dosis precisa de veneno. Sólo en el caso de Alexander Colfax, usted resultó envenenada también, quizá porque ella extremó la dosis.

—No —negó Shirley lentamente—. Fue porque me apliqué varias veces ese producto antes de acostarme, Alexander Colfax estuvo de charla conmigo largo tiempo, antes de irnos al lecho, y yo debí ir ingiriendo más y más dosis de lo que llevaba en mis labios...

—Sí, debió de ser eso, señora Cameron —asintió el oficial de policía—. Lo cierto es que ahora ya está libre de la supuesta maldición, y todo se aclaró para bien suyo, ahora sí que pueden iniciar felizmente su luna de miel..., y no pensar en la muerte como invitada a la boda.

—Gracias, capitán —suspiró la muchacha abrazándose a Dan Cameron—. Creo que ésta sí va a ser mi auténtica y primera noche de bodas..., y la más feliz de toda mi vida.

—De eso estoy seguro —sonrió Dan Cameron, besando su boca.

Y esta vez no notó otra cosa que la pasión, el amor y el deseo hacia su mujer que, al fin, era su esposa, sin macabras sombras entre ellos dos.

FIN

¡AHORA sí es posible!
*Puede usted saborear de
nuevo las más apasionantes
e inolvidables novelas de*

MARCIAL LAFUENTE ESTEFANIA

*a través de una selección
que ofrecen las Colecciones:*

BISONTE Serie Roja

BISONTE Serie Azul

BUFALO Serie Roja

BUFALO Serie Azul

CALIFORNIA

SALVAJE TEXAS

COLORADO

KANSAS

HEROES DEL OESTE

CALIBRE 44

HOMBRES DEL OESTE



ASEGURE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.